

Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL
norma

Los pingüinos del señor Popper

El adorable señor Popper recibe un regalo inesperado: un pingüino de verdad. Muy pronto, a ese pingüino se le suma otro... hasta que su casa queda convertida en un paraíso de nieve. Con el dinero justo para mantener a su familia, qué más puede hacer el imaginativo señor Popper sino entrenar a sus pingüinos en un hermoso show.

Este clásico de la literatura infantil invita a los pequeños a imaginar, a soñar y a creer que toso es posible.

Richard y Florence Atwaer

Los pingüinos del se ñor Popper fue iniciado por Richard Atwater, periodista y profesor de la Universidad de Chicago. Pero cuando una seria enfermedad lo obligó a dejar de escribir. Florence Atwater, su esposa completó la historia. Juntos crearon uno de los libros infantiles más queridos de todos los tiempos.

Robert Lawson Escritor e ilustrador de numerosos libros para niños. Fue merecedor de varios premios internacionales, entre ellos la Caldecott Medal, la Newbery Medal y el Newbery Honor, este último por sus dibujos en blanco y negro de *Los pingüinos del señor Popper*, que aportan tanto al encanto de este clásico como la historia misma.

CC : 26001680
ISBN 958-958-45-3517-7



9 789584 533517
www.librerianorma.com

A partir de los 7 años.

Torre de Papel

Los pingüinos del señor Popper

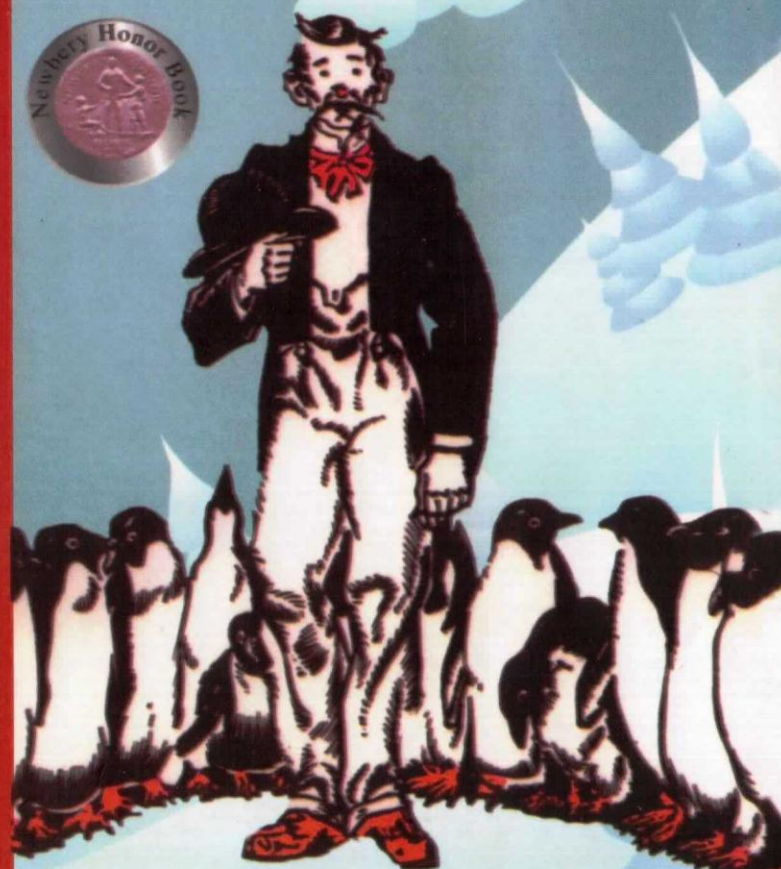
Richard y Florence Atwater

Ilustraciones de Robert Lawson



Los pingüinos del señor Popper

Richard y Florence Atwater



GRUPO
EDITORIAL

Los pingüinos del señor Popper

Richard y Florence Atwater

Ilustraciones de Robert Lawson
Traducción de Olga Martín y Paula Botero

GRUPO
EDITORIAL
norma

www.librerianorma.com

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires,
Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile

Atwater, Richard, 1892-1948

Los pingüinos del señor Popper / Richard Atwater, Florence
Atwater ;
ilustrador Robert Lawson. -- Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2011.
184 p. : il. ; 20 cm. -- (Colección Torre de Papel. Torre Roja)
ISBN 978-958-45-3517-7

I. Cuentos infantiles estadounidenses 2. Pingüinos - Cuentos
infantiles
3. Historias de aventuras I. Atwater, Florence, 1896-1979 II. Lawson,
Robert, il. III. Tít. IV. Serie.
I813.4 cd 21 ed.
A1297769

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Título original: *Mr. Popper's Penguins*
© 1938, Richard y Florence Atwater

© 2011, Editorial Norma S.A., para América Latina
Avenida Eldorado No. 90-10.

Esta edición fue publicada en acuerdo con
Little, Brown and Company, New York,
New York, EE.UU. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*
Impreso por Editorial Buena Semilla
Julio de 2011

www.librerianorma.com

Ilustración de cubierta: Robert Lawson
Diseño de cubierta: Paula Andrea Gutiérrez
Diagramación: Andrea Rincón Granados

CC 26901680

9 789584 535177

Contenido

Capítulo I	
Stillwater	9
Capítulo II	
La voz en el aire	17
Capítulo III	
Fuera del Antártico	25
Capítulo IV	
El Capitán Cook	35
Capítulo V	
Problemas con un pingüino	45
Capítulo VI	
Más problemas	53

Capítulo VII	
El Capitán Cook hace un nido	61
Capítulo VIII	
El paseo del pingüino	69
Capítulo IX	
En la barbería	79
Capítulo X	
Sombras	85
Capítulo XI	
Greta	91
Capítulo XII	
Más bocas que alimentar	99
Capítulo XIII	
Preocupaciones económicas	109
Capítulo XIV	
El señor Greenbaum	115
Capítulo XV	
Los Prodigiosos Pingüinos	
Popper	123
Capítulo XVI	
De gira	135
Capítulo XVII	
Fama	145

Capítulo XVIII	
Vientos de abril	153
Capítulo XIX	
El almirante Drake	163
Capítulo XX	
Adiós, señor Popper	173

Capítulo I

Stillwater



Era una tarde de finales de septiembre. En la pequeña y agradable ciudad de Stillwater, el señor Popper, pintor de casas, volvía a casa del trabajo.

Llevaba sus baldes, sus escaleras y sus listones, por lo que avanzaba con bastante dificultad. Estaba salpicado de pintura y cal, y del pelo y del bigote le colgaban pedacitos de papel tapiz, pues era un hombre más bien desaliñado.



Los niños que estaban jugando levantaban la mirada para sonreírle cuando pasaba, y al verlo, las amas de casa decían: “Ay, Dios, tengo que acordarme de pedirle que me pinte la casa en primavera”.

Nadie sabía qué pasaba por la cabeza del señor Popper, y nadie imaginó que un día se convertiría en la persona más famosa de Stillwater.

Era un soñador. Incluso cuando estaba ocupadísimo alisando el pegamento del papel tapiz, o pintando los exteriores de las casas de otras personas, solía olvidarse de lo que estaba haciendo. Una vez, pintó tres lados de una cocina de verde, y el otro de amarillo. La dueña de casa, en lugar de enojarse con él y pedirle que repitiera el trabajo, había quedado tan contenta que le había pedido que lo dejara así. Y al ver su cocina, las otras señoras también la admiraban, de manera que, poco después, todo el mundo en Stillwater tenía la cocina pintada de dos colores.

La razón por la que el señor Popper era tan distraído era porque siempre estaba soñando con países lejanos. Nunca había salido de Stillwater. Pero no era infeliz. Tenía su casita, propia y agradable, y dos hijos, llamados Janie y Bill. Aun así habría sido genial, pensaba con frecuencia, si hubiera podido andar un poco el mundo antes de conocer a la señora Popper y echar raíces. Nunca había cazado tigres en la India

ni ascendido a la cima del Himalaya ni buceado en busca de perlas en los mares del sur. Pero, sobre todo, nunca había visto los Polos.

—
12

Eso era lo que más lamentaba. Nunca había visto esas blancas extensiones brillantes de hielo y nieve. Cuánto le habría gustado ser un científico, en vez de un pintor de casas en Stillwater, para poder participar de las grandes expediciones a los puntos más septentrionales y australes de la Tierra. Y como no podía ir a los Polos, siempre estaba pensando en ellos.

Cada vez que oía que una película sobre estas regiones había llegado a la ciudad, era el primero en la fila de la boletería, y con frecuencia se las veía hasta tres veces. Cada vez que a la biblioteca pública llegaba un nuevo libro sobre el Ártico o el Antártico —el Polo Norte y el Polo Sur—, el señor Popper era el primero en pedirlo prestado. De hecho, había leído tanto acerca de los exploradores polares, que podía nombrarlos a todos y contar lo que había hecho cada

uno. Era toda una autoridad en la materia.

De todos los momentos del día, el que más le gustaba era la noche. Entonces podía sentarse en su casa y leer acerca de esas regiones en la parte superior e inferior de la Tierra. Mientras leía, tomaba en sus manos un pequeño globo terráqueo que Janie y Bill le habían regalado la Navidad anterior y buscaba el lugar exacto sobre el que estaba leyendo.

Y ahora, mientras recorría las calles camino a casa, estaba contento porque el día había terminado y porque era finales de septiembre.

Cuando llegó a la cerca de la pulcra casita número 432 de la Avenida Proudfoot, entró.

—Bueno, amada mía —dijo mientras ponía sus baldes y escaleras y listones en el piso, y le daba un beso a la señora Popper—, la temporada de decoración ha terminado. Ya pinté todas las cocinas de Stillwater y empapelé todos los cuartos en el nuevo edificio

—
13

de apartamentos de la Calle Elm. No volveré a tener trabajo hasta la primavera, cuando la gente quiera pintar sus casas otra vez.

La señora Popper suspiró.

—

14 —A veces desearía que tuvieras uno de esos trabajos que duran todo el año, y no solo desde la primavera hasta el otoño —dijo—. Será muy bueno tenerte en casa durante tus vacaciones, claro, pero es un poco difícil barrer con un hombre que se la pasa todo el día leyendo.

—Podría decorarte la casa.

—¡Eso sí que no! —dijo la señora Popper con firmeza—. El año pasado pintaste el baño cuatro veces porque no tenías nada más que hacer, creo que ya fue suficiente. Pero lo que me preocupa es el dinero. He ahorrado un poco, y supongo que alcanzará para que nos las arreglemos como lo hemos hecho otros inviernos. De ahora en adelante, nada de rosbif y nada de helado, ni siquiera los domingos.

—¿Tendremos que comer fríjoles todos los días? —preguntaron Janie y Bill, que venían de jugar afuera.

—Me temo que sí —dijo la señora Popper—. Ahora vayan a lavarse las manos que vamos comer. Y Papá, guarda todas esas pinturas, pues no vas a necesitarlas por un buen tiempo.

—

15

Capítulo II

La voz en el aire



Esta noche, después de acostar a los pequeños Popper, el señor y la señora Popper se pusieron cómodos para disfrutar de una noche larga y tranquila. La prolija sala de la casa número 432 de la Avenida Proudfoot era muy parecida a todas las otras salas de Stillwater, salvo por las fotos de la *National Geographic* que colgaban de sus paredes. La señora Popper retomó su tejido mientras el señor Popper sacaba su pipa, su libro y su globo.

De vez en cuando, la señora Popper dejaba escapar un suspiro, pues pensaba en el largo invierno que se avecinaba. ¿Tendrían suficientes fríjoles?, se preguntaba.

Pero el señor Popper no estaba preocupado. Mientras se ponía las gafas, se sentía bastante complacido ante la perspectiva de pasar un invierno entero leyendo guías de viaje, sin ningún trabajo que lo interrumpiera. Puso el globo terráqueo a su lado y empezó a leer.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó la señora Popper.

—Un libro titulado *Aventuras antárticas*. Es muy interesante. Habla de todas las personas que han ido al Polo Sur y de lo que han encontrado allí.

—¿Nunca te cansas de leer sobre el Polo Sur?

—No, no me canso. Claro que me gustaría mucho más ir que leer sobre él. Pero como no puedo ir, esta es la mejor opción que tengo.

—Yo pienso que eso allá debe de ser muy aburrido —dijo la señora

Popper—. Suena muy gris y frío, con todo ese hielo y esa nieve.

—No, no —respondió el señor Popper—. No pensarías eso si hubieras ido conmigo al Cine Bijou a ver las películas de la *Expedición Drake* el año pasado.

—Bueno, pues no fui, y no creo que ninguno de nosotros vaya a tener dinero para ir al cine ahora —respondió la señora Popper, un poco dura. No era para nada una mujer insoportable, pero se enfadaba bastante cuando estaba preocupada por el dinero.

—Si hubieras ido, amada mía —siguió el señor Popper—, habrías visto lo hermoso que es el Antártico. Pero creo que lo más simpático de todo son los pingüinos. No es de extrañar que todos los de la expedición se la pasaran tan bien jugando con ellos. Son las aves más graciosas del mundo. No vuelan como las otras aves. Caminan erguidas, como hombrecitos. Y cuando se cansan de caminar, simplemente se echan sobre la panza y se deslizan. Sería buenísimo tener uno de mascota.

—¡Mascotas! —exclamó la señora Popper—. Primero es Bill con el cuento de que quiere un perro, y luego Janie, rogando por un gatito. ¡Y ahora tú con tus pingüinos! Pero no tendré mascotas aquí adentro. Ensucian toda la casa, y suficiente trabajo tengo ya tratando de mantenerla ordenada. Sin hablar de lo que cuesta alimentar a una mascota. Además, ya tenemos el acuario con los peces.

—Los pingüinos son muy inteligentes —continuó el señor Popper—. Escucha esto, Mamá, aquí dice que cuando quieren atrapar camarones, todos se aglomeran al borde de un montículo de hielo. Solo que no saltan de inmediato, porque puede haber alguna foca esperando para comérselos. Entonces se amontonan y se empujan hasta que hacen caer a alguno para ver si no hay peligro. Es decir, si no se lo comen, el resto de ellos sabe que puede lanzarse sin correr ningún riesgo.

—¡Santo Dios! —exclamó la señora Popper, horrorizada—. A mí me parecen unas aves medio salvajes.

—Es curioso —dijo el señor Popper—: que todos los osos polares vivan en el Polo Norte y todos los pingüinos en el Polo Sur. Yo creo que a los pingüinos también les gustaría vivir en el Polo Norte si supieran cómo llegar allí.

A las diez, la señora Popper bostezó y dejó a un lado el tejido.

—Bueno, si quieres, quédate leyendo sobre esas aves salvajes, pero yo me voy a la cama. Mañana es jueves, 30 de septiembre, y tengo que ir a la primera reunión de la Sociedad Benéfica de Mujeres Misioneras.

—¡30 de septiembre! —exclamó el señor Popper, entusiasmado—. ¡No estarás diciendo que hoy es miércoles, 29 de septiembre!

—¿Por qué? Sí, supongo que sí. ¿Qué pasa?

El señor Popper puso a un lado el libro de las *Aventuras antárticas* y fue a toda prisa a encender el radio.

—¡¿Que qué pasa?! —repitió, oprimiendo el interruptor—. Pues que es la noche en que empieza la transmisión de la *Expedición Antártica Drake*.

—Bah, ¿eso? —dijo la señora Popper—. No más que un montón de hombres en el extremo sur del mundo diciendo “Hola, Mamá, hola, Papá”.

—¡Chis! —ordenó el señor Popper, acercando el oído al radio.

Primero hubo un zumbido, y luego, de repente, una voz apagada llegó flotando desde el Polo Sur hasta la sala de los Popper.

“Habla el almirante Drake. Hola, Mamá. Hola, Papá. Hola, señor Popper”.

—¡Dios Santo! —exclamó la señora Popper—. ¿Dijo “Hola, señor Popper”?

“Hola, señor Popper, en Stillwater. Gracias por su amable carta sobre las fotos de nuestra última expedición. Espere nuestra respuesta. Pero no por carta, señor Popper. Espere una sorpresa. Fin de la transmisión”.

—¿Le escribiste al almirante Drake?

—Sí, lo hice —admitió el señor Popper—. Le escribí y le comenté lo agradecidos que me parecían los pingüinos.

—Increíble —dijo la señora Popper, muy impresionada.

El señor Popper alzó su globo terráqueo y encontró el Antártico.

—Y pensar que me habló desde tan lejos. Incluso mencionó mi nombre. Mamá, ¿qué crees que quisiera decir con una sorpresa?

—No tengo idea —respondió la señora Popper—, pero me voy a la cama. No quiero llegar tarde a la reunión de la Sociedad Benéfica de Mujeres Misioneras de mañana.

Capítulo III

Fuera del Antártico



Con la emoción de que el almirante Drake le hablara por la radio y la curiosidad por el mensaje que le había enviado, el señor Popper no durmió muy bien esa noche. Se sentía incapaz de esperar para descubrir qué quería decir el almirante. Y cuando llegó la mañana, casi se lamentó de no tener que ir a ninguna parte, de no tener casas que pintar ni cuartos que empapelar. Eso le habría ayudado a matar el tiempo.

—¿No quieres que cambie el papel tapiz de la sala? —le preguntó a la señora Popper—. Tengo bastante papel número 88, que me sobró de la casa del alcalde.

—No, no quiero —dijo la señora Popper, resuelta—. A mí me parece que el que tenemos está perfectamente bien. Hoy es la primera reunión de la Sociedad Benéfica de Mujeres Misioneras y no quiero tener que limpiar ningún desorden al volver a casa.

—Muy bien, amada mía —dijo el señor Popper dócilmente y se sentó con su pipa, su globo y su libro de *Aventuras antárticas*. Pero, por alguna razón, no lograba concentrarse en las palabras impresas. Sus pensamientos se desviaban una y otra vez al almirante Drake. ¿Qué habría querido decir con que le tenía una sorpresa?

Por suerte, y para su tranquilidad mental, no tuvo que esperar mucho tiempo. Pues esa tarde, mientras la señora Popper estaba en su reunión, y Janie y Bill no habían regresado del colegio, timbraron a la puerta.

“Supongo que no será más que el cartero. No me tomaré el trabajo de abrir”, se dijo a sí mismo.

El timbre volvió a sonar, un poco más fuerte esta vez. Entonces se dirigió a la puerta, refunfuñando para sus adentros.

El que estaba allí no era el cartero. Era un hombre del servicio de mensajería exprés, con la caja más grande que el señor Popper hubiera visto jamás.

—¿Vive aquí alguien de apellido Popper?

—Soy yo.

—Muy bien, este paquete llegó por servicio exprés desde el Antártico. Ese sí que es un viaje, ¿no?

El señor Popper firmó el recibo y examinó la caja. Estaba toda cubierta de letreros. “DESEMPACAR DE INMEDIATO”, decía uno. “MANTÉNGASE REFRIGERADO”, decía otro. Notó que la caja estaba perforada aquí y allá con orificios para dejar pasar el aire.

Tan pronto tuvo la caja dentro de la casa, el señor Popper no tardó un segundo en traer el destornillador, pues,

por supuesto, había adivinado que esa era la sorpresa del almirante Drake.

Ya había conseguido retirar las tablas de afuera y parte del empaque, que era una capa de hielo seco, cuando, de pronto, del fondo de la caja de embalaje le llegó un "Ork" apagado. Se le paró el corazón. Él ya había oído ese sonido antes, ¿no? En las películas de la Expedición Drake. Las manos le temblaban, por lo que a duras penas pudo despegar el último envoltorio.

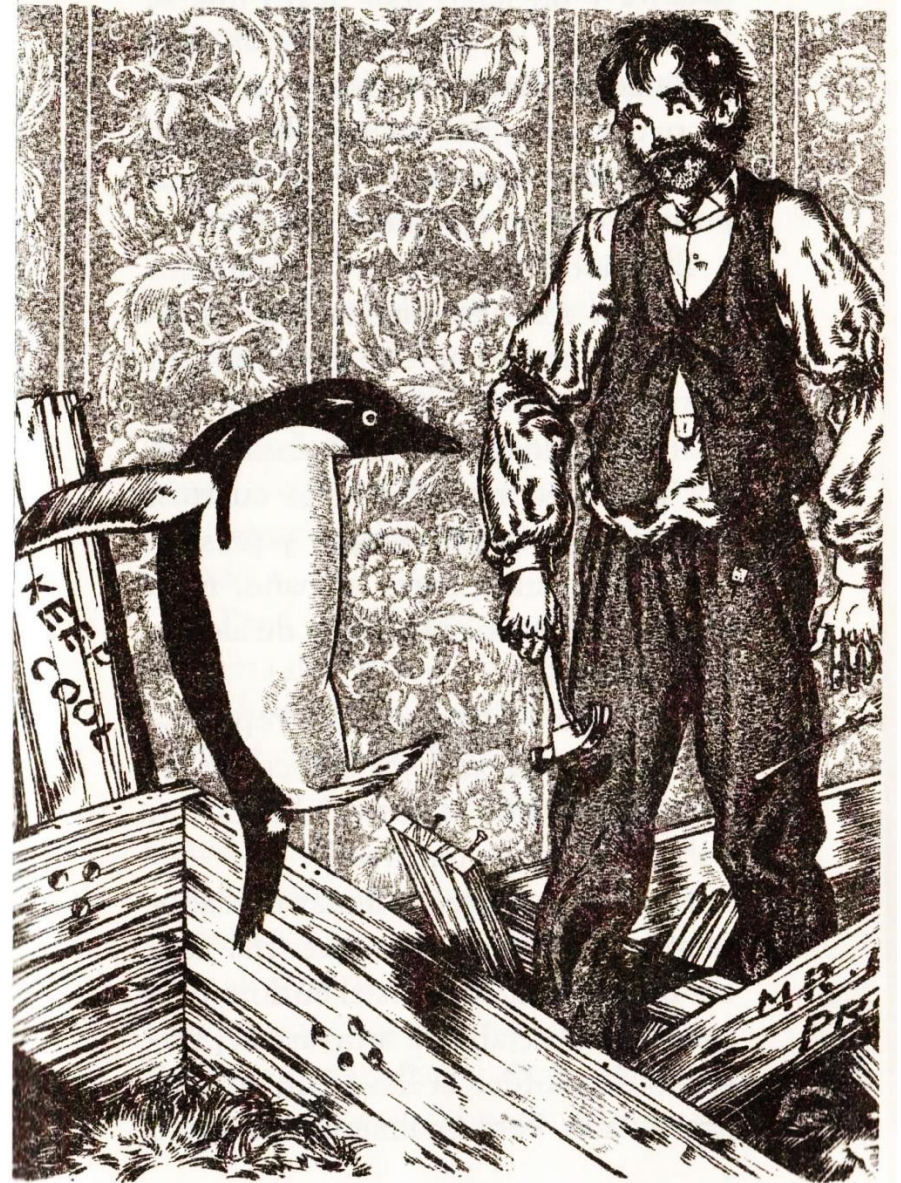
No quedaba la menor duda. Era un pingüino.

El señor Popper se quedó mudo de felicidad.

Pero el pingüino no estaba mudo en absoluto.

—Ork —volvió a decir, y esta vez extendió sus aletas y saltó por encima de los restos del embalaje.

Era un sujeto pequeño y corpulento de unos setenta centímetros de altura. Aunque era del tamaño de un niño, era mucho más parecido a un hombrecito, con su chaleco liso y blanco por



delante y un largo frac negro que se le arrastraba un poco por detrás. Dos redondeles blancos bordeaban sus ojos en su cabeza negra, que giró de un lado a otro para observar al señor Popper, primero con un ojo, luego con el otro.

El señor Popper había leído que los pingüinos son extremadamente curiosos, y pronto comprobó que esto era cierto, pues el visitante apretó el paso y empezó a inspeccionar la casa. Salió por el corredor rumbo a los cuartos, con su caminadito extraño y presuntuoso. Y cuando entró al baño, miró alrededor con una expresión de alegría en el rostro.

“Puede ser —pensó el señor Popper— que todos estos azulejos blancos le recuerden el hielo y la nieve del Polo Sur. Pobrecito, tal vez tenga sed”.

Entonces empezó a llenar cuidadosamente la bañera con agua fría. Esto era un poco difícil, pues el curioso personajito no dejaba de atravesarse, tratando de morder la llave con su pico rojo afilado. Pero finalmente consiguió

llenarla toda. Como el pingüino seguía inspeccionándolo todo, el señor Popper lo agarró y lo echó al agua. Al pingüino no pareció molestarle.

—Tímido no eres, eso está claro —dijo el señor Popper—. Supongo que ya te habrás acostumbrado un poco a jugar con los exploradores del Polo.

Cuando pensó que el pingüino ya estaba harto del baño, sacó el tapón del desagüe. Y estaba preguntándose qué hacer a continuación cuando Janie y Bill llegaron del colegio y entraron corriendo.

—Papá —gritaron al unísono desde la puerta del baño—. ¿Qué es eso?

—Un pingüino del Polo Sur que me envió el almirante Drake.

—¡Miren! —dijo Bill—. Está marchando.

El pingüino, en efecto, estaba marchando contentísimo. Desfilaba de un lado al otro dentro de la bañera, haciendo pequeños gestos de asentimiento con su magnífica cabeza negra. A veces parecía estar contando los pasos

que daba: seis pasos a lo largo, dos pasos a lo ancho, otros seis pasos a lo largo, y dos más a lo ancho.

—Da pasos muy pequeños para ser un ave tan grande.

32

—Y miren cómo se le arrastra el abrigo negro. Casi parece como si le quedara demasiado grande —dijo Janie.

Pero el pingüino estaba cansado de marchar. Esta vez, al llegar al final de la bañera, decidió saltar sobre la curva resbalosa. Luego se dio la vuelta y se deslizó en tobogán sobre su panza blanca con las aletas extendidas. Entonces ellos pudieron ver que las aletas eran



negras por encima, como las mangas de un frac, y blancas por debajo.

—¡Guk! ¡Guk! —dijo el pingüino, ensayando su nuevo juego una y otra vez.

—¿Cómo se llama, Papá? —preguntó Janie.

33

—¡Guk! ¡Guk! —dijo el pingüino, deslizándose una vez más sobre su panza blanca brillante.

—Suena como “Cook”, o algo así —dijo el señor Popper—. ¡Claro! Le pondremos Cook, Capitán Cook.

Capítulo IV

El Capitán Cook



—¿Ponerle a quién Capitán Cook?
—preguntó la señora Popper,
que había entrado tan silen-
ciosamente que ninguno de
ellos la había oído.

—Pues al pingüino —res-
pondió el señor Popper—. Estaba di-
ciéndoles —continuó después de que
la señora Popper se sentara en el piso
para recuperarse de la sorpresa— que
podríamos ponerle el nombre del Capi-
tán Cook, un famoso explorador inglés
que vivió por la época de la Revolución

de los Estados Unidos. Navegó por lugares a los que nadie había ido antes. No llegó hasta el Polo Sur, claro, pero hizo muchos descubrimientos científicos importantes acerca de las regiones antárticas. Era un hombre valiente y un líder bondadoso. Así que creo que Capitán Cook sería un nombre muy adecuado para este pingüino nuestro.

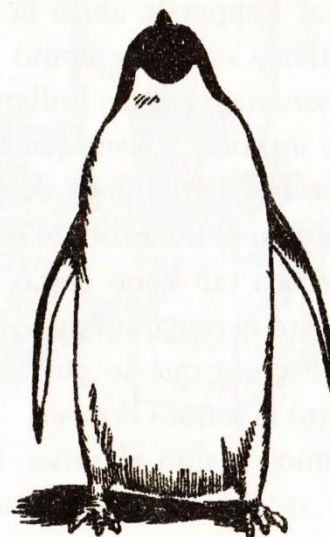
—¿Es en serio? —dijo la señora Popper.

—¡Gork! —dijo el Capitán Cook, que había vuelto a animarse de repente. Agitando las aletas, brincó de la bañera al lavamanos y se quedó allí un momento, mirando hacia abajo. Luego saltó al suelo, caminó hacia la señora Popper y empezó a picotearle el tobillo.

—¡Detenlo, Papá! —gritó la señora Popper, batiéndose en retirada hacia el corredor. El Capitán Cook iba detrás, seguido a su vez por el señor Popper y los niños. Ella se detuvo en la sala. Y lo mismo hizo el Capitán Cook, pues había quedado encantado con la habitación.

Es cierto que un pingüino se ve muy extraño en medio de una sala, pero una sala también le parece muy extraña a un pingüino. Ni siquiera la señora Popper pudo evitar sonreír al ver el brillo de curiosidad en los ojos redondos y extáticos del Capitán Cook, con su frac negro arrastrándose por detrás de sus patitas rosáceas mientras iba de un sillón al otro, picoteándolos para ver de qué estaban hechos. Luego se volteó de pronto y salió marchando hacia la cocina.

—Tal vez tenga hambre —dijo Janie.



El Capitán Cook se dirigió hacia el refrigerador de inmediato.

—¿Gork? —preguntó, se dio la vuelta y ladeó la cabeza tímidamente, lanzándole una mirada suplicante a la señora Popper con su ojo derecho.

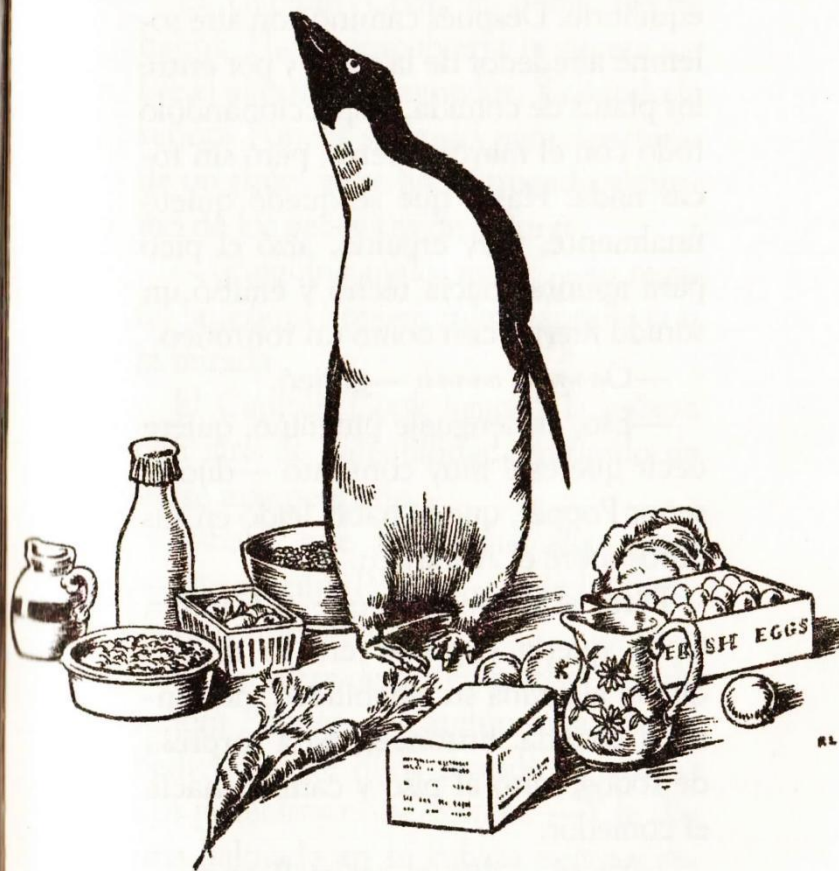
—No puede negarse que es tierno —dijo ella—. Supongo que tendré que perdonarlo por mordirme el tobillo. Quizá solo lo haya hecho por curiosidad. Como sea, es un ave linda y parece ser aseada.

—¿Ork? —insistió el pingüino, mordisqueando la manija de la puerta del refrigerador con su pico alargado.

El señor Popper le abrió la puerta, y el Capitán Cook se empinó e inclinó su cabeza negra, lisa y brillante para ver en su interior. Ahora que el señor Popper no trabajaría hasta después de que terminara el invierno, el refrigerador no estaba tan lleno como de costumbre, pero el pingüino no lo sabía.

—¿Qué crees que le guste comer? —preguntó la señora Popper.

—Veamos —dijo el señor Popper, mientras sacaba toda la comida y la



ponía sobre la mesa de la cocina—. Muy bien, Capitán Cook, échale un vistazo.

40 El pingüino saltó a una silla y de allí al borde de la mesa, batiendo nuevamente las aletas para recuperar el equilibrio. Después caminó con aire solemne alrededor de la mesa y por entre los platos de comida, inspeccionándolo todo con el mayor interés, pero sin tocar nada. Hasta que se quedó quieto finalmente, muy erguido, alzó el pico para apuntar hacia techo y emitió un sonido fuerte, casi como un ronroneo.

—Orrrrh, orrrh —gorjeó.

—Eso, en lenguaje pingüino, quiere decir que está muy contento —dijo el señor Popper, que lo había leído en sus libros sobre el Antártico.

Pero, al parecer, lo que el Capitán Cook quería expresar era lo mucho que le alegraba su amabilidad, no tanto la comida. Entonces, para sorpresa de todos, saltó al piso y caminó hacia el comedor.

—Ya sé —dijo el señor Popper—. Deberíamos conseguir mariscos, cama-

rones enlatados, o algo así. O quizá no tenga hambre todavía. He leído que los pingüinos pueden pasar un mes sin comida.

—¡Mamá, Papá! —gritó Bill—. Vengan a ver lo que hizo el Capitán Cook.

41 El Capitán Cook la había hecho buena. Había descubierto la pecera sobre el alféizar del comedor. Y cuando la señora Popper se lanzó para apartarlo de un tirón, ya se había tragado al último de los pececitos de colores.

—¡Pingüino malo, malo! —lo regañó la señora Popper, fulminándolo con la mirada.

El Capitán Cook agachó la cabeza con aire de culpabilidad, tratando de verse más pequeño.

—Sabe que ha hecho algo malo —dijo el señor Popper—. ¿No les parece muy inteligente?

—Tal vez podamos educarlo —dijo la señora Popper—. Capitán malo, desobediente —le dijo, alzando la voz—. Los pececitos no se comen. —Y le dio una palmada en su cabeza negra y redonda.

Antes de que pudiera darle otra palmada, el Capitán Cook caminó a toda prisa hacia la cocina, contoneándose como un pato.

—
42

Allí, los Popper lo encontraron tratando de esconderse en el refrigerador, que aún estaba abierto. Estaba agachado debajo de la bandeja del hielo, donde a duras penas podía entrar y solo cabía sentado. Los miraba misteriosamente con sus ojos de redondel blanco desde la penumbra del interior del congelador.

—Creo que esa es más o menos la temperatura adecuada para él —dijo el señor Popper—. Podríamos dejarlo dormir ahí por la noche.

—¿Pero dónde pondré la comida? —preguntó la señora Popper.

—Creo que podríamos comprar otro refrigerador para la comida —dijo el señor Popper.

—Miren —dijo Janie—. Se quedó dormido.

El señor Popper puso el interruptor del control de temperatura en la posición más fría para que el Capitán Cook

pudiera dormir más cómodamente. Luego dejó la puerta entreabierta, de manera que el pingüino tuviera suficiente aire fresco para respirar.

—Mañana llamaré al servicio técnico de frigoríficos y pediré que manden a alguien que le haga unos orificios a la puerta, para que le entre el aire —dijo—. Luego podemos poner una manija por dentro de la puerta; así el Capitán Cook podrá entrar y salir de su refrigerador cuando quiera.

—
43

—¡Vaya por Dios! ¡Nunca pensé que fuéramos a tener a un pingüino de mascota! —dijo la señora Popper—. Pero en general se porta bastante bien, y es tan lindo y limpio, que quizá sea un buen ejemplo para ti y para los niños. Y ahora propongo que nos pongamos manos a la obra. No hemos hecho más que mirar al ave. Papá, ¿me ayudas a llevar los fríjoles a la mesa, por favor?

—En un segundo —respondió el señor Popper—. Se me acaba de ocurrir que el Capitán Cook no se sentirá bien sobre la superficie del congelador. Los pingüinos hacen sus nidos con guijarros

y piedras. Así que simplemente sacaré unos cubos de hielo de la bandeja y se los pondré debajo. De esa forma, estará más cómodo.

Capítulo V

Problemas con un pingüino



El día siguiente fue bastante agitado en la casa número 432 de la Avenida Proudfoot. Primero, fue el hombre del servicio técnico de frigoríficos, después el policía y luego el problema con el permiso.

El Capitán Cook estaba en el cuarto de los niños, mirando a Janie y a Bill armar un rompecabezas sobre el piso. Había aprendido a no tocar las piezas después de que Bill le diera una palmada por comerse una, y no oyó cuando

el hombre del servicio técnico tocó a la puerta trasera.

—
46

La señora Popper había salido a comprar camarones enlatados para el pingüino, de modo que el señor Popper estaba solo en la cocina y debía explicarle al empleado lo que quería que le hiciera al refrigerador.

El técnico de frigoríficos puso su bolsa de herramientas en el piso de la cocina, miró el refrigerador y luego al señor Popper, quien, a decir verdad, no se había afeitado aún y estaba un poco desarreglado.

—Señor —dijo—, usted no necesita orificios de ventilación en esta puerta.

—Es mi refrigerador y quiero que le abra unos orificios —dijo el señor Popper.

Entonces discutieron un buen rato. Para lograr que el técnico hiciera lo que él quería, el señor Popper sabía que simplemente tenía que explicarle que iba a tener a un pingüino vivo en el congelador y que quería que su mascota tuviera suficiente aire fresco, aun cuando la puerta estuviera cerrada

toda la noche. Pero se empeñó en no decírselo. No quería hablarle del Capitán Cook a este empleado antipático, que se había quedado mirándolo como si creyera que no estaba del todo bien de la cabeza.

—
47

—Vamos, haga lo que le digo —dijo el señor Popper—. Le voy a pagar por eso.

—¿Con qué? —preguntó el hombre del servicio técnico.

El señor Popper le dio un billete de cinco dólares. Y sintió un poco de tristeza al pensar en cuántos frijoles habría podido comprar para la señora Popper y los niños con ese dinero.

El empleado examinó el billete, como si no confiara mucho en el señor Popper. Pero se lo guardó en el bolsillo finalmente, sacó un taladro de su bolsa de herramientas e hizo cinco huequitos formando un delicado diseño en la puerta del refrigerador.

—Muy bien —dijo el señor Popper—. Pero no se levante. Espere un momento. Necesito que haga otra cosa.

—¿Ahora qué? —dijo el técnico—. Supongo que querrá que saque la puerta de las bisagras para dejar entrar un poco más de aire. ¿O quiere que convierta su congelador en un radio?

—No se ponga gracioso —dijo el señor Popper, indignado—. Esa no es forma de hablar. Aunque no lo crea, sé lo que estoy haciendo. Mejor dicho, sé lo que quiero que haga. Quiero que ponga una manija adicional dentro de la puerta, de manera que pueda abrirse desde el interior.

—Esa —dijo el técnico—: es una idea fantástica. Quiere una manija adicional por dentro. Claro, claro. —Y alzó su bolsa de herramientas.

—¿No va a hacerlo? —preguntó el señor Popper.

—Sí, sí, claro —dijo el empleado del servicio técnico, dirigiéndose a la puerta trasera.

El señor Popper se dio cuenta de que, a pesar de sus palabras de asentimiento, el hombre no tenía ninguna intención de poner la manija interior.

—Creí que era un empleado del servicio técnico —le dijo.

—Lo soy. Esa es la primera cosa sensata que me ha dicho.

—Pues qué maravilla de técnico, que ni siquiera sabe cómo poner una manija adicional por dentro de la puerta de un refrigerador.

—Ah, ¿que no lo sé? No crea que no sé cómo. Incluso tengo una manija de repuesto en mi bolsa de herramientas, y muchos tornillos. Si quisiera, podría mostrarle que sé muy bien cómo hacerlo.

El señor Popper se llevó la mano al bolsillo y le dio su último billete de cinco dólares. Estaba segurísimo de que la señora Popper se enojaría con él por haberse gastado todo ese dinero, pero no había remedio.

—Señor —dijo el técnico—, usted gana. Le pondré la manija adicional. Y mientras lo hago, puede sentarse en esa silla de allá, frente a mí, donde pueda mantenerlo vigilado.

—Está bien —dijo el señor Popper, al tiempo que se sentaba.

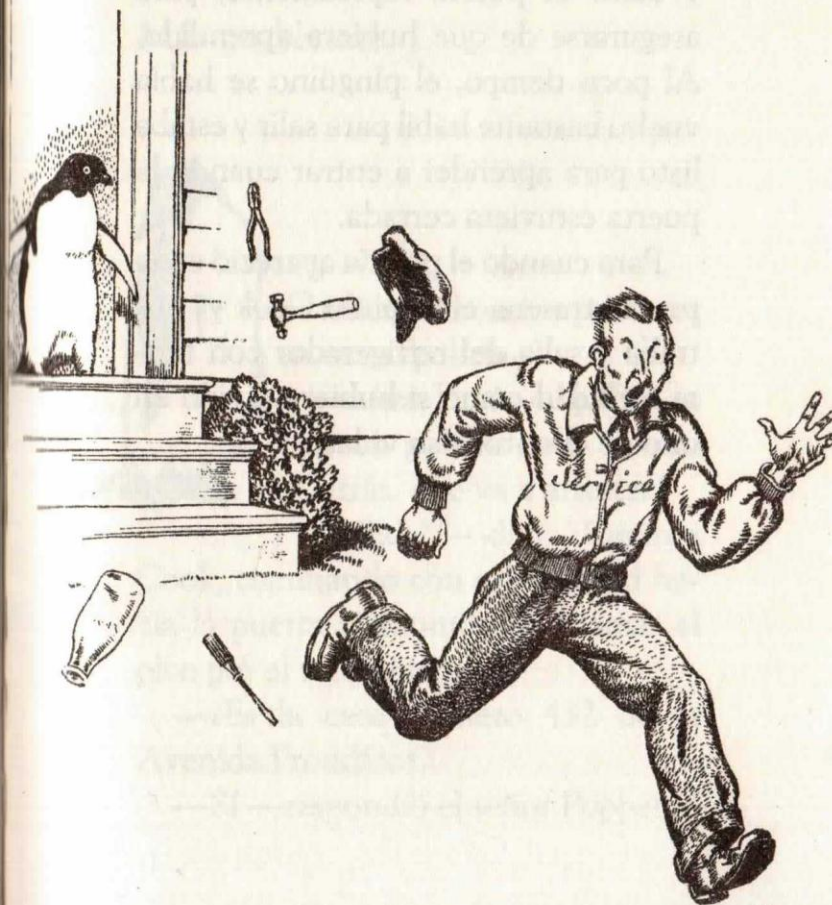
El técnico estaba aún en el suelo, poniendo los últimos tornillos que sostenían la nueva manija en su lugar, cuando el pingüino entró en la cocina con sus patitas rosadas y silenciosas.

Sorprendido de ver a un desconocido sentado en el piso de la cocina, el Capitán Cook se le acercó y empezó a picotearlo con curiosidad. Pero el hombre estaba aun más sorprendido que el Capitán Cook.

—¡Ork! —dijo el pingüino. O quizá fuera el hombre del servicio técnico.

El señor Popper no estaba seguro de lo que acababa de pasar cuando se levantó de su silla un minuto después. Había caído una lluvia de herramientas voladoras, había sonado un portazo violento, y el hombre del servicio técnico se había esfumado.

Estos sonidos repentinos, desde luego, habían hecho que los niños vinieran corriendo. Y el señor Popper les mostró cómo había quedado el refrigerador, todo remodelado para el pingüino. Se lo enseñó también al Capitán Cook,



encerrándolo dentro. El pingüino notó la nueva y brillante manija interior y la mordió de inmediato con su curiosidad habitual. La puerta se abrió, y el Capitán Cook salió de un salto.

52

El señor Popper volvió a meterlo y cerró la puerta rápidamente, para asegurarse de que hubiera aprendido. Al poco tiempo, el pingüino se había vuelto bastante hábil para salir y estaba listo para aprender a entrar cuando la puerta estuviera cerrada.

Para cuando el policía apareció en la puerta trasera, el Capitán Cook ya entraba y salía del refrigerador con tanta facilidad como si hubiera vivido en uno de ellos toda su vida.

Capítulo VI

Más problemas



Los niños fueron los primeros en ver al policía.

—Mira, Papá—dijo Bill—. Hay un policía en la puerta de atrás. ¿Te va a arrestar?

—Guk—dijo Capitán Cook, caminando con solemnidad hacia la puerta y tratando de asomar el pico por el mosquitero.

—¿Es la casa número 432 de la Avenida Proudfoot?

—Sí—respondió el señor Popper.



—Bueno, supongo que estoy en el lugar correcto —dijo el policía y señaló al Capitán Cook—. ¿Ese bicho es suyo?

—Sí, así es —dijo el señor Popper, orgulloso.

—¿Y a qué se dedica usted? —preguntó el policía con severidad.

—Papá es artista —dijo Janie.

—Vive con la ropa toda manchada de pintura y cal —dijo Bill.

—Soy pintor de casas, decorador —dijo el señor Popper—. ¿Quiere pasar?

—No —dijo el policía—, a menos que tenga que hacerlo.

—¡Jeje! —se rio Bill—. El policía le tiene miedo al Capitán Cook.

—¡Gaw! —dijo el pingüino, abriendo de par en par su pico rojo, como si quisiera burlarse del policía.

—¿Me dejan hablar? —preguntó el policía—. ¿Qué es eso, un papagayo gigante?

—Es un pingüino —dijo Janie—. Es nuestra mascota.

—Bueno, pues si no es más que un ave... —dijo el policía, levantándose la gorra para rascarse la cabeza, medio desconcertado—. Por la forma como me gritó el hombre de la bolsa de herramientas, pensé que tenían un león suelto por aquí dentro.

—Mamá dice que el pelo de Papá a veces parece como el de un león —dijo Bill.

—Cállate —dijo Janie—. Al policía no le importa cómo se ve el pelo de Papá.

Ahora el policía se rascaba la barbilla.

—Si no es más que un ave, supongo que no habrá problema si lo mantiene en una jaula.

—Nosotros lo tenemos en el refrigerador —dijo Bill.

—Por mí, pueden ponerlo en el refrigerador —dijo el policía—. ¿Qué clase de ave dijo que era?

56

—Un pingüino —respondió el señor Popper—. Y, por cierto, tal vez lo saque a pasear. ¿Está bien si lo llevo con una correa?

—Verá —dijo el policía—, honestamente, no sé qué diga la ley municipal con respecto a los pingüinos, con o sin correa, en las calles públicas. Le preguntaré a mi sargento.

—¿Será que debo sacarle un permiso? —sugirió el señor Popper.

—Pues, sin duda, es lo suficientemente grande como para necesitar un permiso —dijo el policía—. Le diré qué hacer. Llame a la alcaldía y pregunte cuáles son las normas acerca de los pingüinos. Es un personajito bastante tierno, debo reconocer. Casi parece humano. Buen día, Popper, y buen día, señor Pingüino.

Mientras el señor Popper llamaba a la alcaldía para averiguar por el

permiso para el Capitán Cook, el pingüino hacía su mejor esfuerzo por desconectar el teléfono, mordisqueando la cuerda verde. Tal vez pensara que era una nueva clase de anguila. Pero justo entonces la señora Popper regresó del mercado y abrió una lata de camarones, de manera que el señor Popper pudo quedarse tranquilo al teléfono.

57

Aun así, se dio cuenta de que no era fácil saber si tenía que obtener un permiso para su extraña mascota o no. Cada vez que explicaba lo que quería, le decían que esperara un momento, y mucho después una voz distinta volvía a preguntarle qué quería. La llamada se prolongó un largo rato. Hasta que una nueva voz pareció interesarse un poco en el caso. Contento de oír esta amable voz, el señor Popper volvió a contarle acerca del Capitán Cook.

—¿Es un capitán del ejército, un capitán de la policía o un capitán de la marina?

—Nada de eso —dijo el señor Popper—. Es un pingüino.

—¿Podría repetirme lo que dijo, por favor? —dijo la voz.

El señor Popper se lo repitió. La voz sugirió que tal vez sería mejor que lo deletreará.

58

—P-i-n-g-ü-i-n-o —dijo el señor Popper—. Pingüino.

—¡Oh! —dijo la voz—. ¿Quiere decir que el Capitán Cook es un canino?

—No, ningún canino. Pingüino. Es un ave —dijo el señor Popper.

—¿Me está diciendo —dijo la voz del teléfono— que el Capitán Cook quiere un permiso para cazar aves? Lo siento. La temporada de caza no empieza sino hasta noviembre. Y, por favor, trate de hablar un poco más claro, señor... ¿Topper me dijo?

—Me llamo Popper, no Topper —gritó el señor Popper.

—Sí, señor Potter. Ahora sí lo oigo bastante bien.

—Entonces escuche —bramó el señor Popper, esta vez completamente indignado—. Si ustedes los de la alcaldía ni siquiera saben qué es un pingüino,

supongo que no tendrán ninguna norma que diga que haya que registrarlos. No voy a sacarle ningún permiso al Capitán Cook.

—Espere solo un momento, señor Popwell. Acaba de entrar nada más y nada menos que el señor Treadbottom, nuestro hombre de la Oficina de Navegación de Lagos, Ríos, Pantanos y Arroyos. Voy a pasárselo para que hable directamente con él. A lo mejor él conozca a ese tal Canino Cook suyo.

59

Un minuto después, una nueva voz saludó al señor Popper.

—Buenos días. Está comunicado con la Oficina de Licencias para Automóviles. ¿Tenía el mismo auto el año pasado? En caso afirmativo, ¿cuál era el número de la licencia?

Habían pasado la llamada del señor Popper a la Oficina del Condado.

Decidió colgar.

Capítulo VII

El Capitán Cook hace un nido



De muy mala gana, Janie y Bill tuvieron que dejar al Capitán Cook para ir al colegio. La señora Popper estaba ocupada en la cocina, un poco atrasada lavando los platos del desayuno, y aunque notaba vagamente que el pingüino entraba y salía del refrigerador con mucha frecuencia, esto no le pareció raro al principio.

Entre tanto, el señor Popper había dejado el teléfono y se había puesto a afeitarse y arreglarse para hacer honor

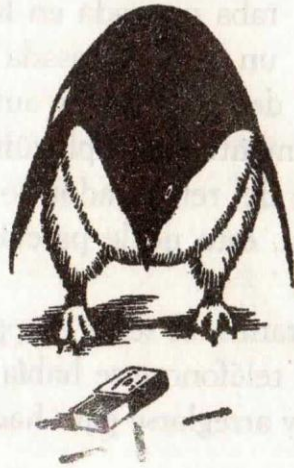
al hecho de ser el dueño de un ave tan espléndida como el Capitán Cook.

Pero a pesar de haber quedado desatendido por un momento, el pingüino no se había quedado quieto en absoluto.

62

Debido a la agitación inusual, y habiendo tenido que ir al mercado más temprano de lo normal, la señora Popper no había tenido tiempo de arreglar las habitaciones. Era una excelente ama de casa. Sin embargo, con dos hijos como Janie y Bill y un esposo tan desordenado, era innegable que tenía que ordenar la casa con bastante frecuencia.

El Capitán Cook participaba ahora en los quehaceres. Merodeaba, hurgaba

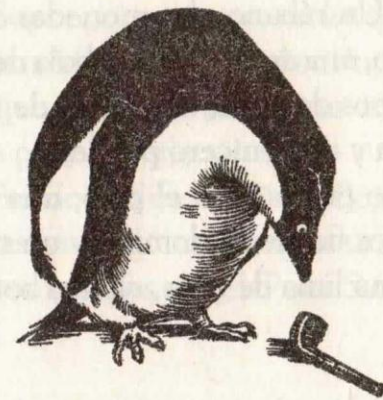


y picoteaba con minuciosidad por los rincones de todos los cuartos; escudriñaba en todos los armarios con sus ojos de redondel blanco; husmeaba con su rechoncha figurita por debajo y por detrás de todos los muebles, dando pequeños aullidos apagados de curiosidad, sorpresa y placer.

63

Y cada vez que encontraba lo que parecía estar buscando, lo agarraba con la punta negra de su pico rojo, lo llevaba a la cocina y lo metía en el refrigerador, contoneándose orgulloso sobre sus patas anchas y rosadas.

Hasta que a la señora Popper se le ocurrió preguntarse en qué diablos andaría tan ocupado el pingüino. Y



cuando lo descubrió, solo alcanzó a gritarle al señor Popper que fuera de prisa a ver lo que había hecho esta vez.

El señor Popper, que lucía fenomenal, como notaría más tarde la señora Popper, se quedó igualmente asombrado mirando el interior del refrigerador.

El Capitán Cook se les unió y les ayudó a mirar.

—*Ork, ork* —dijo, triunfante.

La señora Popper se rio, y el señor Popper dejó escapar un grito ahogado al ver el resultado de los recorridos exploratorios del Capitán Cook por la casa.

Dos carretes de hilo, un alfil blanco y seis piezas de un rompecabezas... Una cucharita de té y una caja de fósforos sin abrir... Un rábano, dos monedas de un centavo, una de cinco y una bola de golf. Dos cabos de lápiz, una carta de juego doblada y un cenicero pequeño.

Cinco pinzas para el pelo, una aceituna, dos fichas de dominó y un calcetín... Una lima de uñas, cuatro botones

de distintos tamaños, siete canicas y una silla diminuta de muñecas...

Cinco fichas de damas chinas, un pedacito de galleta integral, un vaso de parqués y un borrador... La llave de una puerta, un broche y un trozo de papel aluminio arrugado... La mitad de un limón muy viejo, la cabeza de una muñeca de porcelana, la pipa del señor Popper y la tapa de un refresco... El corcho de un frasco de tinta, dos tornillos y la hebilla de un cinturón...

Seis cuentas de un collar de niña, cinco piezas de un juego de bloques, un huevo decorativo, un hueso, una armónica pequeña y una piruleta mordida. Dos tapas de pasta dental y una libretita roja.

—Supongo que esto es lo que llaman un nido —dijo el señor Popper—. Solo que no pudo encontrar ninguna piedra para hacerlo.

—Bueno —dijo la señora Popper—, quizá estos pingüinos tengan unas costumbres salvajes en el Polo Sur, pero

reconozco que esta puede ser de gran ayuda en la casa.

—¡Ork! —dijo el Capitán Cook, y al entrar pavoneándose en la sala, tumbó la mejor lámpara que tenían.

—
66

—Papá —dijo la señora Popper—, creo que será mejor que saques al Capitán Cook para que haga un poco de ejercicio. ¡Válgame Dios, pero si estás todo elegante! Te ves casi como un pingüino.

El señor Popper se había engominado el pelo y se había afeitado las patillas. La señora Popper no tendría que reprocharle por verse como un león nunca más. Se había puesto una camisa blanca con una corbata blanca y pantalones blancos de franela, y un par de zapatos brillantes de cuero curtido y color granate. Había sacado del arcón de cedro el viejo frac negro de etiqueta que había usado en su matrimonio, lo había cepillado con esmero y también lo llevaba puesto.

De verdad se veía un poco como un pingüino. Entonces se dio la vuelta y se

pavoneó como uno de ellos, para mostrarle a la señora Popper.

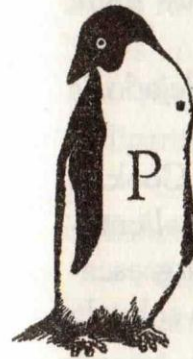
Pero no se olvidó de su deber para con el Capitán Cook.

—Mamá, ¿puedes darme unos cuantos metros de cuerda para tender ropa, por favor? —preguntó.

—
67

Capítulo VIII

El paseo del pingüino



Poco después, el señor Popper se dio cuenta de que no era fácil sacar a pasear a un pingüino.

Al principio, al Capitán Cook no le gustó la idea de que lo amarraran a una correa. Pero el señor Popper se mantuvo firme. Ató un extremo de la cuerda de tender ropa al grueso cuello del pingüino y el otro a su propia muñeca.

—¡Ork! —dijo el Capitán Cook, indignado. Aun así, era un ave muy razonable, y cuando se dio cuenta de que

de nada le servía protestar, recobró su solemnidad habitual y decidió dejar que el señor Popper lo condujera.

El señor Popper se puso su mejor sombrero de domingo, abrió la puerta de la entrada y salió con el Capitán Cook, contoneándose a su lado con elegancia.

—*Gaw* —dijo el pingüino y se detuvo en el borde del porche para mirar los escalones.

El señor Popper le había dejado la cuerda bastante holgada.

—*Guk!* —dijo el Capitán Cook, y alzando las aletas, se inclinó valientemente hacia adelante y bajó los escalones, deslizándose en tobogán sobre la panza.

El señor Popper lo siguió, aunque no de la misma forma. El Capitán Cook se levantó rápidamente y se dirigió a la calle, pavoneándose por delante del señor Popper, volteándose rápida y frecuentemente y haciendo comentarios de satisfacción ante el nuevo panorama.

Por la Avenida Proudfoot se acercaba una vecina de los Popper, la señora Callahan, con las compras del mercado en los brazos. La mujer se quedó mirando atónita al Capitán Cook y al señor Popper, que lucía como un pingüino grande con su frac negro.

—¡Santo Dios! —exclamó cuando el pingüino empezó a investigar las medias a rayas que llevaba bajo la bata—. No es un búho y tampoco es un ganso.

—No —dijo el señor Popper, alzando ligeramente su sombrero de domingo—. Es un pingüino antártico, señora Callahan.

—Aléjate de mí —le dijo la señora Callahan al Capitán Cook—. ¿Un bicho arácnido?

—No, ningún bicho arácnido —explicó el señor Popper—. Antártico. Me lo mandaron del Polo Sur.

—Aleje su ganso del Polo Sur de mí enseguida —dijo la señora Callahan.

El señor Popper tiró obedientemente de la cuerda de tender ropa, mientras el Capitán Cook le daba un picotazo



de despedida a las medias a rayas de la señora Callahan.

—¡Dios nos guarde! —exclamó la señora Callahan—. Tengo que hablar con la señora Popper ya mismo. Esto es de no creer. Me marchó en este instante.

—Yo también —dijo el señor Popper mientras el Capitán Cook lo arrastraba calle abajo.

La siguiente parada fue la farmacia en la esquina de la Avenida Proudfoot con la Calle Main. Allí, el Capitán Cook insistió en explorar la vitrina, en la que había varios paquetes abiertos de brillantes sales de boro. Evidentemente, las había confundido con nieve polar, pues empezó a picotear la vitrina con fuerza.

De repente, un auto frenó con un chirrido contra el bordillo de la acera en la que estaban, y dos jóvenes se bajaron de un brinco. Uno de ellos llevaba una cámara.

—Tiene que ser este —dijo el primer joven al otro.

—Son ellos, sin duda —dijo el segundo.

El camarógrafo instaló un trípode sobre la acera. Para entonces, ya se había agolpado una pequeña multitud alrededor, e incluso dos hombres de bata blanca habían salido de la farmacia para mirar. El Capitán Cook, sin embargo, seguía demasiado interesado en lo que estaba expuesto en la vitrina como para tomarse la molestia de darse la vuelta.

—Usted es el señor Popper de la casa número 432 de la Avenida Proudfoot, ¿no es verdad? —preguntó el segundo joven, sacando una libreta de su bolsillo.

—Sí —dijo el señor Popper, y se dio cuenta de que estaban a punto de tomarle una foto para el periódico. En efecto, el policía les había hablado de la extraña ave a los dos jóvenes, y ellos se dirigían a la casa Popper en busca de una entrevista cuando vieron al Capitán Cook frente a la farmacia.

—Oye, pelícano, date la vuelta y mira el pajarito —dijo el fotógrafo.

—No es un pelícano —dijo el otro, que era reportero—. Los pelícanos tienen una bolsa debajo del pico.

—Yo habría pensado que era un dodo, solo que los dodos están extintos. Será una foto muy elegante, si alguna vez logro que se dé la vuelta.

—Es un pingüino —dijo el señor Popper con orgullo—. Y se llama Capitán Cook.

—¡Guk! —dijo el pingüino y se dio la vuelta ahora que estaban hablando de él. Al descubrir el trípode de la cámara, se acercó y lo examinó.

—A lo mejor cree que es una cigüeña de tres patas —dijo el fotógrafo.

—Esta ave suya... —dijo el reportero—. ¿Es macho o hembra? El público querrá saberlo.

El señor Popper titubeó.

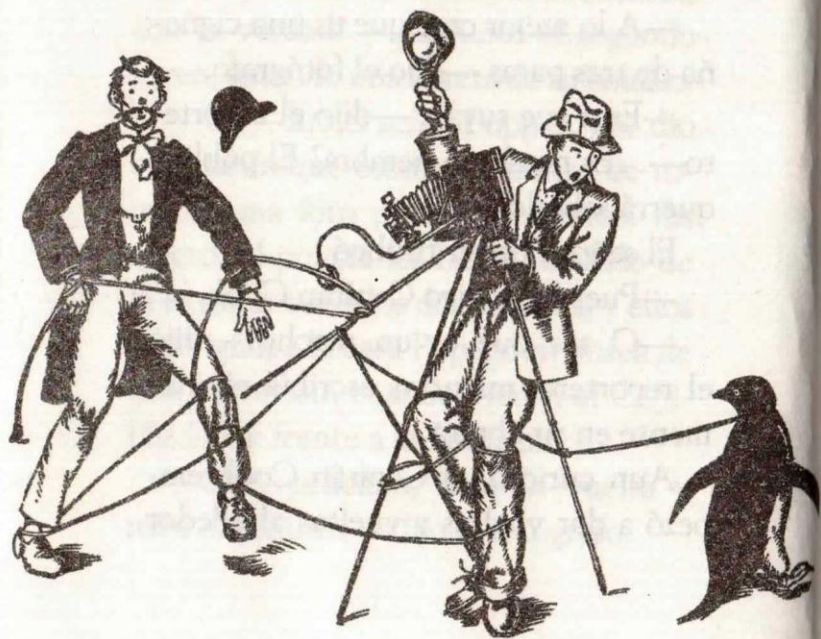
—Pues yo le digo Capitán Cook.

—O sea que es un macho —dijo el reportero, mientras escribía rápidamente en su libreta.

Aun curioso, el Capitán Cook empezó a dar vueltas y vueltas alrededor

del trípode, hasta que la cuerda para tender ropa, el pingüino, el señor Popper y el trípode quedaron todos enredados. Gracias al consejo de uno de los transeúntes, lograron desenredar el nudo haciendo que el señor Popper caminara tres veces alrededor del trípode en la dirección contraria. Y el Capitán Cook, que seguía al lado del señor Popper, accedió al fin a posar.

El señor Popper se enderezó la corbata, y el camarógrafo tomó la foto. El Capitán Cook cerró los ojos, y fue así



como esta foto apareció más tarde en todos los periódicos.

—Una última pregunta —dijo el reportero—. ¿Cómo consiguió esta extraña mascota?

—Por el almirante Drake, el explorador del Polo Sur. Él me lo mandó de regalo.

—Ajá —dijo el reportero—. Como sea, es una buena historia.

Los dos jóvenes subieron al auto con un brinco. El señor Popper y el Capitán Cook reanudaron su paseo, con una multitud que los seguía y les hacía preguntas. Pero eran tantos que, para escapar de ellos, el señor Popper condujo al Capitán Cook a una barbería.

Hasta ese momento, el barbero había sido un muy buen amigo del señor Popper.

Capítulo IX

En la barbería



La barbería estaba muy tranquila, y el barbero estaba afeitando a un hombre mayor.
Al Capitán Cook le pareció muy interesante este espectáculo, y para poder verlo mejor, saltó a la repisa del espejo.

—¡Buenas tardes! —dijo el barbero.
El señor sentado en la silla de la barbería, que ya tenía la cara blanca por la espuma, alzó la cabeza a medias para ver qué había pasado.

—¡Guk! —dijo el pingüino, sacudiendo las aletas y estirando su largo



pico en dirección a la espuma en el rostro del señor.

El cliente se levantó de su posición reclinada con un grito y un brinco, abandonó la silla de barbería y huyó a la calle, sin detenerse siquiera por su abrigo o su sombrero.

—¡Gaw! —dijo el Capitán Cook.

—¡Oye! —le dijo el barbero al señor Popper—. Saca a ese bicho de mi negocio. Esto no es un zoológico. ¿Qué te crees?

—¿Te molesta si lo saco por la puerta de atrás? —preguntó el señor Popper.

—Por la puerta que sea —dijo el barbero—, mientras que sea rápido.

¡Ya está mordiendo las cerdas de mis cepillos!

El señor Popper tomó al Capitán Cook en sus brazos, y en medio de chillidos de “¡Quork!” “¡Gawk!” y “¡Ork!” , salió del local por el salón trasero hacia un callejón.

El Capitán Cook descubrió entonces su primera escalera de emergencia.

Y el señor Popper descubrió que cuando un pingüino ha encontrado unos escalones que suben a cualquier lugar, es absolutamente imposible impedir que trepe por ellos.

—Está bien —jadeó el señor Popper mientras subía por la escalera detrás del Capitán Cook—. Supongo que, al ser un ave, y una de las que no puede volar, tienes que subir al aire de algún modo y por eso te gusta subir escaleras. Menos mal que este edificio solo tiene tres pisos. Vamos. Veamos qué eres capaz de hacer.

Lento pero incansable, el Capitán Cook saltaba de un escalón al siguiente, seguido por el señor Popper al otro extremo de la cuerda.

Hasta que por fin llegaron al descansillo superior.

—¿Y ahora qué? —preguntó el señor Popper.

—
82

Al ver que no había más escalones por subir, el Capitán Cook se dio la vuelta e inspeccionó los escalones que ahora conducían hacia abajo.

Entonces levantó las aletas y se inclinó hacia adelante.

El señor Popper, que no había terminado de recobrar el aliento, nunca pensó que el ave decidida descendería tan brusca y rápidamente. Pero tendría que haber recordado que un pingüino se deslizará siempre que tenga la oportunidad.

Y quizá había sido poco prudente al atar un extremo de la cuerda a su propia muñeca.

Fuera como fuere, esta vez el señor Popper se encontró a sí mismo deslizando repentinamente sobre su propia panza vestida toda de blanco por los tres tramos de escaleras. Y esto deleitó al pingüino, que bajaba deslizándose por delante del señor Popper.

Cuando llegaron al final de las escaleras, el Capitán Cook estaba tan impaciente por volver a subir que el señor Popper tuvo que parar un taxi para distraerlo.

—¡A la casa número 432 de la Avenida Proudfoot! —le dijo el señor Popper al conductor.

—
83

El taxista, que era un hombre educado, no se rio de esta pareja extrañamente dispareja sino hasta después de que le pagaron.

—¡Dios santo! —dijo la señora Popper al abrirle la puerta a su esposo—. Estabas tan arreglado y apuesto cuando saliste a dar tu paseo. ¡Y ahora mírate!

—Lo siento, amada mía —dijo el señor Popper en tono humilde—, pero no siempre puedes adivinar lo que va a hacer un pingüino.

Y con estas palabras se fue a la cama, pues estaba exhausto de todo aquel ejercicio inusual. El Capitán Cook, por su parte, se dio una ducha e hizo una siesta en el refrigerador.

Capítulo X

Sombras



Al día siguiente, la foto del señor Popper y el Capitán Cook apareció en el *Diario de la mañana* junto a un párrafo sobre el pintor de casas que había recibido un pingüino en una encomienda aérea de parte del almirante Drake, desde el lejano Antártico. La agencia de noticias retomó la historia, y una semana después, la foto, en rotograbado, apareció en la edición dominical de los periódicos más importantes de las ciudades más grandes del país.

Todos los Popper se sentían muy orgullosos y felices, lógicamente. Pero el Capitán Cook no estaba feliz. Había dejado sus pequeños paseos por la casa de un momento a otro, y ahora se pasaba la mayor parte del día sentado, enfurruñado, en el refrigerador. La señora Popper le había sacado todos los objetos extraños que tenía dentro, dejando solo las canicas y las damas chinas, de manera que ahora el Capitán Cook tenía un nidito agradable y ordenado.

—Ya no juega con nosotros —dijo Bill—. Intenté tomar unas de mis canicas y él trató de morderme.

—Capitán Cook malo —dijo Janie.

—Es mejor que lo dejemos en paz, niños —dijo la señora Popper—. Se siente alicaído, supongo.

Pero pronto quedó claro que el Capitán Cook no estaba simplemente alicaído. Se pasaba los días mirando con sus ojitos de redondel blanco desde el refrigerador, con tristeza. Su pelaje había perdido la apariencia hermosa y brillante; su pancita redonda estaba cada

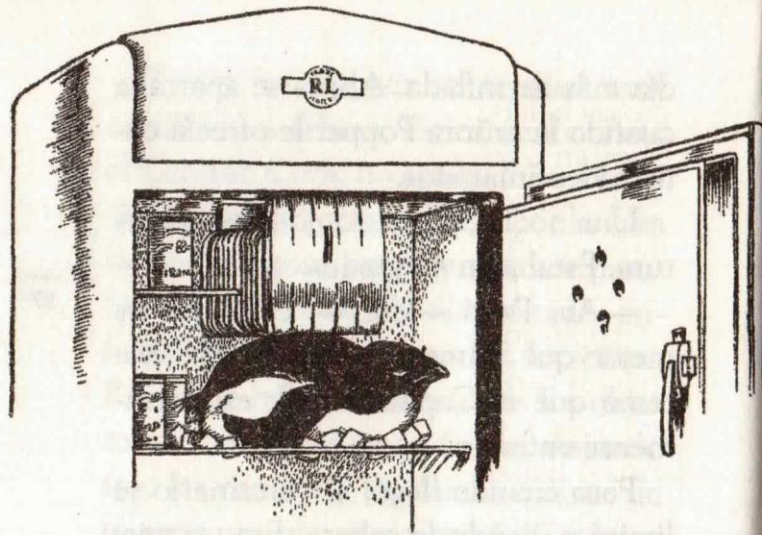
día más desinflada. Ahora se apartaba cuando la señora Popper le ofrecía camarones enlatados.

Una noche, ella le tomó la temperatura. Estaba en 40 grados.

—Ay, Papá —dijo—, creo que es mejor que llames al veterinario. Me temo que el Capitán Cook está realmente enfermo.

Pero cuando llegó, el veterinario se limitó a sacudir la cabeza. Era un muy buen doctor de animales, y aunque nunca había atendido a un pingüino, sabía lo suficiente de aves como para darse cuenta de que estaba gravemente enfermo con un solo vistazo.

—Les dejaré unas pastillas. Denle una cada hora. También pueden tratar de darle helados de agua y envolverlo en compresas de hielo. Pero no puedo darles esperanzas, pues me temo que es un caso perdido. Ustedes comprenderán que esta clase de aves no fue hecha para este clima. Puedo ver que han cuidado bien de él, pero un pingüino antártico no puede crecer sano en Stillwater.



Los Popper pasaron toda la noche despiertos, turnándose para cambiarle las compresas de hielo.

Era inútil. En la mañana, la señora Popper volvió a tomarle la temperatura al Capitán Cook. Había subido a 41 grados.

Todo el mundo demostró su apóyo y comprensión. El reportero del *Diario de la mañana* pasó a preguntar por el pingüino. Los vecinos llevaron toda clase de caldos y gelatinas para tratar de tentar al personajito. Incluso la señora Callahan, que nunca había estimado mucho al Capitán Cook, le hizo una

crema helada deliciosa. Nada servía. El Capitán Cook ya no estaba allí.

Ahora se pasaba el día entero dormido en un estupor pesado, y todos decían que el fin estaba cerca.

Todos los Popper le habían tomado mucho cariño a la criaturita solemne y graciosa, y el corazón del señor Popper estaba helado del terror. Sentía que su vida quedaría muy vacía si el Capitán Cook se marchaba.

Tenía que haber alguien que supiera qué hacer por un pingüino enfermo. Deseaba que hubiera alguna forma de pedirle consejo al almirante Drake, allá abajo en el Polo Sur, pero no había tiempo.

En su desespero, el señor Popper tuvo una idea. Una carta le había traído esta mascota. Así que se sentó y escribió otra carta.

Estaba dirigida al Dr. Smith, conservador del acuario más grande del mundo. Si alguien tenía alguna idea que pudiera curar a un pingüino moribundo, sería este hombre.

Dos días más tarde, recibió una carta del conservador. “Por desgracia”, le decía, “no es fácil curar a un pingüino enfermo. Quizá no sepa que nosotros también tenemos un pingüino en nuestro acuario, una pingüina antártica. Está deteriorándose rápidamente, a pesar de todo lo que hemos hecho por ella. Últimamente, me he preguntado si no estará sufriendo de soledad. Tal vez sea eso lo que aqueja a su Capitán Cook. Por eso le estoy enviando, por separado, a nuestra pingüina. Puede quedarse con ella. Existe una posibilidad de que a nuestras aves les vaya mejor juntas”.

Y fue así como Greta llegó a vivir a la casita número 432 de la Avenida Proudfoot.

Capítulo XI

Greta



El Capitán Cook no se murió, después de todo.

Ahora había dos pingüinos en el refrigerador: uno de pie y otro sentado en el nido bajo la bandeja del hielo.

—Son idénticos como dos gotas de agua —dijo la señora Popper.

—Como dos pingüinos, querrás decir —dijo el señor Popper.

—Sí, ¿pero cuál es cuál?

En ese momento, el pingüino que estaba de pie en el refrigerador salió de

un brinco, buscó en el interior con una aleta, sacó una de las fichas de debajo del pingüino sentado, que tenía los ojos cerrados porque estaba durmiendo, y la puso a los pies del señor Popper.

92

—Ves, Mamá, me está dando las gracias —dijo el señor Popper, dándole una palmadita al pingüino—. Así demuestran su amistad los pingüinos en el Polo Sur, solo que allá usan una piedra en vez de una ficha. Este debe de ser el Capitán Cook, y quiere mostrarnos su agradecimiento por haberle conseguido a Greta y salvarle la vida.

—Sí, ¿pero cómo vamos a distinguirlos? Es muy desconcertante.

—Bajaré al sótano y traeré pintura blanca para pintarles los nombres en sus lomos.

El señor Popper abrió la puerta del sótano y empezó a bajar, y casi se tropezó cuando el Capitán Cook se deslizó en tobogán sorpresivamente detrás de él. Cuando volvieron a subir, el señor Popper llevaba una brocha y un pequeño bote de pintura en las manos,

y el pingüino lucía su nombre escrito con letras blancas en el lomo.

—¡Guk! —dijo el Capitán Cook, mostrándole su nombre orgullosamente a la pingüina en el refrigerador.

—¡Gaw! —dijo la pingüina que estaba sentada. Después se contorsionó entre el nido y le dio la espalda al señor Popper.

Entonces el señor Popper se sentó en el piso frente al refrigerador, mientras el Capitán Cook observaba, primero con un ojo, luego con el otro.

—¿Cómo le vas a poner? —preguntó la señora Popper.

—Greta.

93



—Es un lindo nombre —dijo la señora Popper—. Y también parece ser un ave agradable. Pero los dos llenan el refrigerador, y muy pronto pondrán huevos, y antes de que te des cuenta, ya no cabrán todos allí dentro. Además, no has hecho nada para solucionar la cuestión de cómo voy a hacer para mantener fría la comida.

—Lo haré, amada mía —prometió el señor Popper—. Ya está haciendo bastante frío para estar a mediados de octubre, y dentro de poco hará suficiente frío afuera como para que el Capitán Cook y Greta puedan salir.

—Sí —dijo la señora Popper—, pero si los mantienes fuera de la casa, es probable que escapen.

—Mamá —dijo el señor Popper—, tú vuelves a meter tu comida en el refrigerador esta noche y dejamos a Greta y al Capitán Cook dentro de la casa. El Capitán Cook puede ayudarme a pasar el nido a la otra habitación. Abriré todas las ventanas y las dejaré abiertas, y así los pingüinos estarán cómodos.

—Estarán cómodos, desde luego —dijo la señora Popper—, ¿pero nosotros qué?

—Nosotros podemos usar nuestros gorros y abrigos de invierno en la casa —dijo el señor Popper al levantarse y empezar a abrir todas las ventanas.

—Hace más frío, sin duda —dijo la señora Popper con un estornudo.

Los siguientes días estuvieron aun más fríos, pero los Popper no tardaron en acostumbrarse a andar con sus abrigos puestos. Y Greta y el Capitán Cook usaban siempre los asientos más cercanos a las ventanas abiertas.

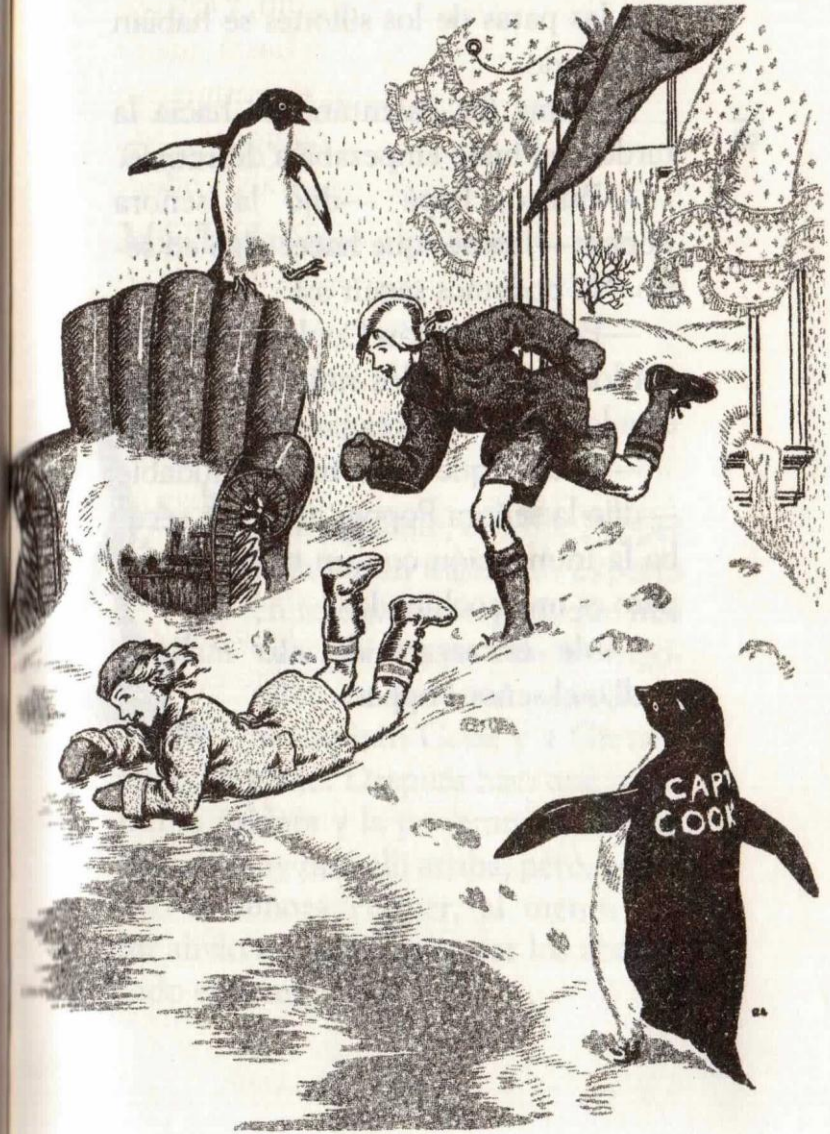
Una noche de comienzos de noviembre hubo una ventisca, y cuando los Popper se levantaron esa mañana, había unos montones enormes de nieve por toda la casa.

La señora Popper quería tomar su escoba y hacer que el señor Popper trajera su pala para sacar los cúmulos de nieve, pero los pingüinos estaban tan felices, que el señor Popper insistió en que los dejaran tal como estaban.

Es más, bajó al sótano en busca de una vieja manguera de jardín, y esa noche estuvo echando agua hasta que se formó un charco de varios centímetros de altura. A la mañana siguiente, todo el piso de la casa Popper estaba cubierto por un hielo suave, con montones de nieve en los bordes cerca de las ventanas abiertas.

Tanto Greta como el Capitán Cook estaban encantadísimos con todo ese hielo. Subían a las montañitas de nieve en un extremo de la sala y bajaban al hielo uno detrás del otro, hasta que alcanzaban tanta velocidad, que perdían el equilibrio. Entonces se echaban sobre la panza y patinaban sobre el hielo resbaladizo.

Esto les pareció tan divertido a Janie y a Bill que intentaron hacer lo mismo y deslizarse sobre sus panzas con sus abrigos. Y esto, a su vez, les encantó a los pingüinos. Entonces el señor Popper pasó todos los muebles de la sala a un lado para que los pingüinos y los niños tuvieran suficiente espacio para



deslizarse de verdad. Al principio fue un poco difícil mover los muebles porque las patas de los sillones se habían congelado.

98

El clima iba calentándose hacia la tarde, y el hielo empezaba a derretirse.

—Bueno, Papá —dijo la señora Popper—, tienes que hacer algo en serio. No podemos seguir así.

—Pero el Capitán Cook y Greta son gordos y ágiles, y los niños no habían estado nunca tan rozagantes.

—Puede que sea muy saludable —dijo la señora Popper mientras secaba la inundación con un trapeador—, pero es una cochinada.

—Me encargaré de eso mañana —dijo el señor Popper.

Capítulo XII

Más bocas que alimentar



Al día siguiente, el señor Popper llamó a un ingeniero experto en refrigeración para que instalara una gran cámara frigorífica en el sótano y se llevó al Capitán Cook y a Greta a vivir allí abajo. Después hizo que sacaran la caldera y la pusieran en la sala. Se veía muy rara allí arriba, pero, como dijo la señora Popper, al menos era un alivio no tener que usar los abrigos todo el tiempo.

El señor Popper quedó bastante preocupado al descubrir que todos esos cambios serían muy costosos. Y el ingeniero experto en refrigeración también quedó preocupado al descubrir que el señor Popper no tenía casi dinero. En todo caso, el señor Popper prometió pagarle tan pronto pudiera, y el ingeniero accedió a dejarle todo a crédito.

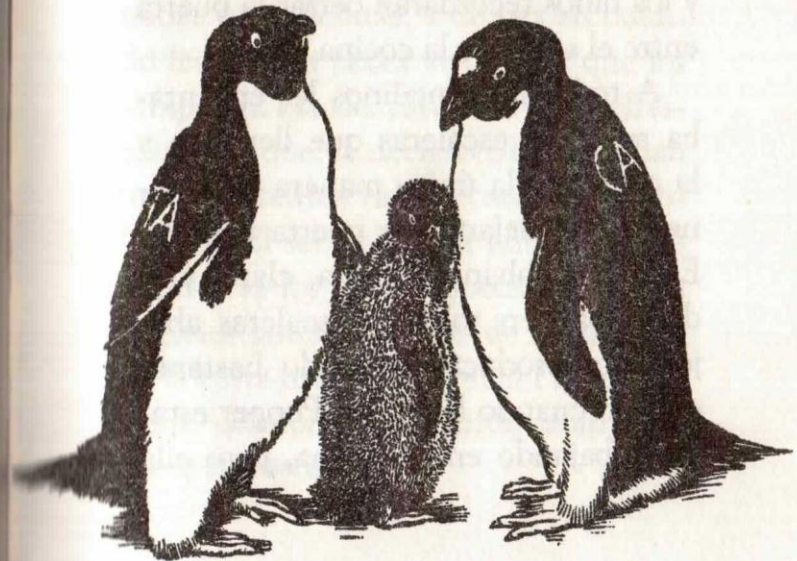
Fue muy bueno que el señor Popper trasladara a los pingüinos cuando lo hizo, pues la señora Popper tenía razón con respecto a los huevos. Apenas habían bajado a la parejita al sótano, cuando Greta puso el primer huevo. Tres días después, apareció el segundo.

Como el señor Popper sabía que los pingüinos solo ponen dos huevos por estación, quedó pasmado cuando, poco después, encontraron un tercer huevo debajo de Greta. No sabía si era porque el cambio de clima había alterado los hábitos reproductivos de los pingüinos, pero cada tercer día aparecía un huevo nuevo, hasta que hubo diez en total.

Y como los huevos de pingüino son tan grandes que la madre solo puede

empollar dos a la vez, esto les planteó un problema. Pero el señor Popper lo resolvió distribuyendo los demás huevos debajo de botellas de agua caliente y almohadillas eléctricas que mantenían justo a la temperatura corporal de los pingüinos.

Cuando empezaron a salir del cascarón, los pichones no tenían las franjas blancas y negras tan definidas como su madre y su padre. Eran unas criaturitas peludas y graciosas que crecían a una velocidad impresionante. Y el Capitán Cook y Greta estaban ocupadísimos



llevándoles comida, aun cuando los Popper les ayudaban.

Al señor Popper, que siempre había sido un gran lector, no le costó pensar en los nombres para los bebés pingüinos. Eran Nelson, Colón, Louisa, Jenny, Scott, Magallanes, Adelina, Isabella, Ferdinand y Victoria. Y así y todo, estaba bastante aliviado de no tener que bautizar a más de diez.

La señora Popper también pensaba que diez pingüinos eran suficientes; aunque en realidad no suponían una gran diferencia en sus labores domésticas, siempre y cuando el señor Popper y los niños recordaran cerrar la puerta entre el sótano y la cocina.

A todos los pingüinos les encantaba subir las escaleras que llevaban a la cocina, y la única manera de detenerlos era dejando la puerta cerrada. Entonces daban la vuelta, claro, y se deslizaban en tobogán escaleras abajo. Esto producía un ruido bastante curioso cuando la señora Popper estaba trabajando en la cocina, pero ella

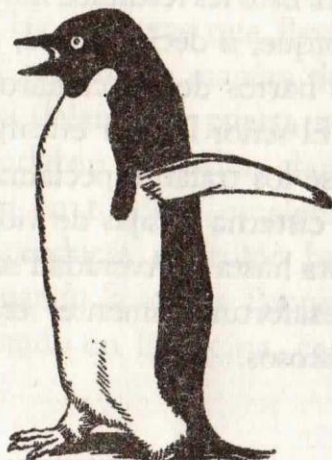
terminó acostumbrándose a ese ruido, así como a tantas otras cosas extrañas que sucedieron en ese invierno.

La cámara frigorífica que el señor Popper había instalado en el sótano para los pingüinos era grande y buena. Y como hacía unos bloques de hielo grandotes, en vez de cubitos, el señor Popper no tardó en construir una especie de castillo de hielo donde podían vivir los doce pingüinos y al que podían trepar.

El señor Popper cavó también un hoyo enorme en el suelo del sótano y les hizo una piscina en la que podían nadar y zambullirse, y de vez en cuando les echaba peces vivos para que los atraparan. Esto les resultaba muy refrescante porque, a decir verdad, estaban un poco hartos de los camarones enlatados. El señor Popper encargaba los peces y se los traían especialmente en vagones cisterna y cajas de vidrio desde la costa hasta la Avenida Proudfoot. Pero, desafortunadamente, eran bastante costosos.

Era divertido que hubiera tantos pingüinos, pues cuando a dos de ellos (a Colón y a Nelson, por lo general) les daba por pelearse y pegarse con las aletas, los otros diez se apiñaban alrededor para ver la pelea y hacer comentarios alentadores. Era una pequeña escena muy interesante.

El señor Popper inundó también parte del sótano para hacer una pista de hielo, donde los pingüinos solían entrenar como si fueran un pequeño ejército, desfilando por el hielo con unos fantásticos movimientos militares. La pingüina Louisa parecía disfrutar muchísimo siendo la líder de estos ejercicios. Y después de que al señor

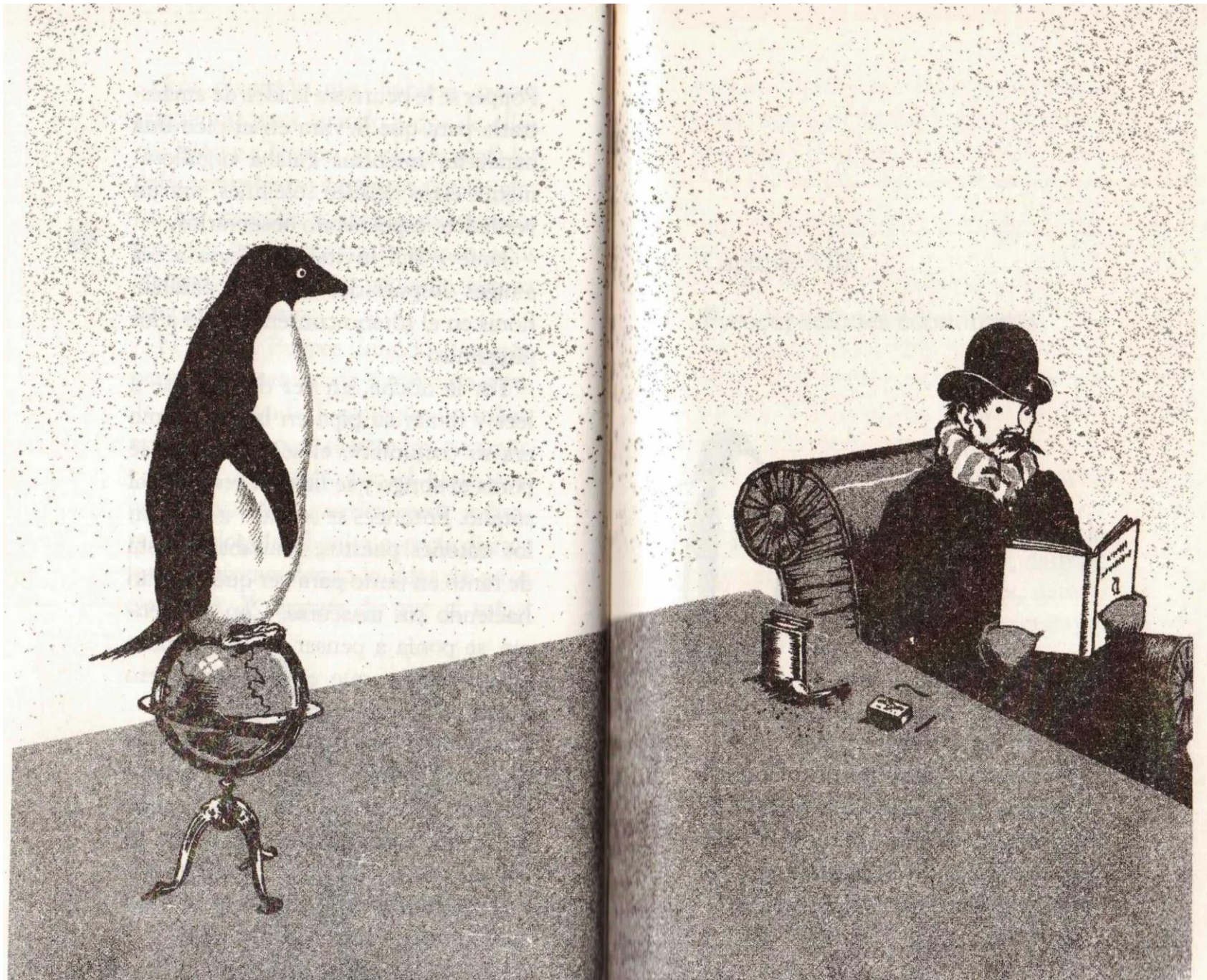


Popper se le ocurriera la idea de amaestrarla para que llevara en el pico una banderita mientras guiaba orgullosamente estos desfiles solemnes, era un verdadero espectáculo observarlos.

Janie y Bill invitaban a casa a sus amigos después del colegio y pasaban horas en el sótano contemplando a los pingüinos.

Por la noche, en vez de sentarse a leer y fumar su pipa en la sala, como era su costumbre, el señor Popper se ponía el abrigo y se llevaba sus cosas al sótano. Entonces se sentaba a leer con los mitones puestos, y alzaba la vista de tanto en tanto para ver qué estaban haciendo sus mascotas. Con frecuencia, se ponía a pensar en las regiones frías y lejanas que eran el verdadero hogar de estas pequeñas criaturas.

También pensaba en lo distinta que era su vida antes de que los pingüinos llegaran para llenar sus horas. Estaban en enero, y desde ya sentía terror de pensar en la llegada de la primavera, cuando tendría que separarse de ellos todo el día y volver a pintar casas.



Capítulo XIII

Preocupaciones económicas



Hasta que llegó una noche en la que la señora Popper, después de acostar a los niños, detuvo al señor Popper de camino al sótano.

—Papá —le dijo—. Necesito hablar contigo. Ven y siéntate.

—Sí, amada mía —dijo el señor Popper—, ¿en qué estás pensando?

—Papá —dijo la señora Popper—. Estoy feliz de ver que estés disfrutando tanto tus vacaciones. Y debo reconocer que ha sido más fácil que de costumbre

mantener la casa limpia ahora que pasas todo el tiempo en el sótano. Pero, Papá, ¿cómo vamos a hacer con el dinero?

—¿Cuál es el problema? —preguntó el señor Popper.

—Los pingüinos tienen que comer, por supuesto, ¿pero tienes idea de lo que suman las cuentas de todos esos peces vivos? Te aseguro que no sé cómo vamos a hacer para pagarlas. Y el ingeniero experto en refrigeración no deja de tocar a la puerta para preguntar por su dinero.

—¿Y ya se nos acabó todo? —preguntó el señor Popper con voz serena.

—Casi todo. Claro que cuando ya no quede nada, tal vez podríamos aguantar un tiempo si nos comemos los doce pingüinos.

—Ay, no, Mamá —dijo el señor Popper—. No lo dices en serio.

—Pues supongo que no disfrutaría tener que comérmelos, sobre todo a Greta y a Isabella —dijo la señora Popper.

—Y además eso les rompería el corazón a los niños —dijo el señor Popper,

que se quedó pensativo durante un rato. Hasta que dijo—: Tengo una idea, Mamá.

—A lo mejor podríamos vendérselos a alguien, y entonces tendríamos un poco de dinero para aguantar un rato —dijo la señora Popper.

—No —dijo el señor Popper—. Tengo una mejor idea. ¿Has oído hablar de las focas amaestradas que actúan en los teatros?

—Por supuesto que he oído hablar de las focas amaestradas —respondió la señora Popper—. Alguna vez vi unas incluso. Sostenían unas pelotas en la punta del hocico.

—Muy bien —dijo el señor Popper—. Si puede haber focas y perros amaestrados, ¿por qué no puede haber pingüinos amaestrados?

—Quizá tengas razón, Papá.

—Claro que tengo razón. Y tú puedes ayudarme a amaestrarlos.

Al día siguiente, bajaron el piano al sótano y lo pusieron en un extremo de la pista de hielo. La señora Popper no había vuelto a tocar el piano desde que

se casara con el señor Popper, pero con un poco de práctica, pronto empezó a recordar algunas de las piezas que había olvidado.

—Lo que a estos pingüinos más les gusta hacer —dijo el señor Popper— es marchar como un ejército, ver a Colón y a Nelson peleándose, y subir las escaleras para luego bajar deslizándose en tobogán. Así que haremos nuestro acto en torno a estas gracias.

—Además no necesitan disfraces —dijo la señora Popper, contemplando a los graciosos personajes—. Pues ya están disfrazados.

La señora Popper escogió entonces tres melodías para tocar en el piano del sótano, una para cada parte del acto. Y poco tiempo después, con solo oír la música, los pingüinos sabían qué tenían que hacer.

Cuando debían desfilan cual soldados, la señora Popper tocaba la "Marcha militar" de Schubert.

Cuando Nelson y Colón debían pelear y darse con sus aletas, la señora

Popper tocaba el "Vals de la viuda alegre".

Cuando los pingüinos debían ascender y deslizarse en tobogán, Janie y Bill arrastraban hasta el centro de la pista dos escaleras portátiles y una tabla que el señor Popper usaba cuando estaba pintando casas. Y la señora Popper tocaba una bella pieza descriptiva llamada "Junto al arroyo".

En el sótano hacía frío, por supuesto, y la señora Popper tuvo que aprender a tocar al piano con los guantes puestos.

Para finales de enero, el señor Popper estaba seguro de que los pingüinos estaban listos para presentarse en cualquier teatro del país.

Capítulo XIV

El señor Greenbaum



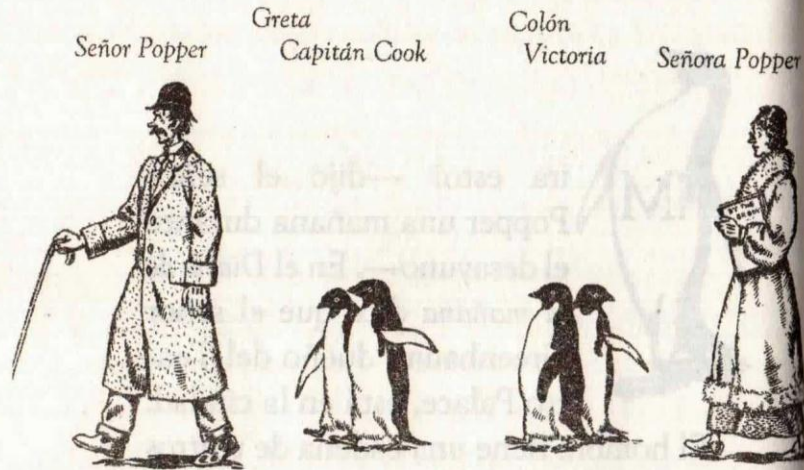
ira esto! —dijo el señor Popper una mañana durante el desayuno—. En el *Diario de la mañana* dice que el señor Greenbaum, dueño del Teatro Palace, está en la ciudad.

El hombre tiene una cadena de teatros en todo el país, así que creo que deberíamos ir a verlo.

Esa noche —la del sábado 29 de enero—, la familia Popper y sus doce pingüinos amaestrados, dos de ellos

con banderas en el pico, salieron de casa rumbo al Teatro Palace.

Los pingüinos estaban tan bien amaestrados ahora, que el señor Popper decidió que no era necesario llevarlos con correas. En efecto, hicieron la cola del autobús muy educadamente en el siguiente orden:

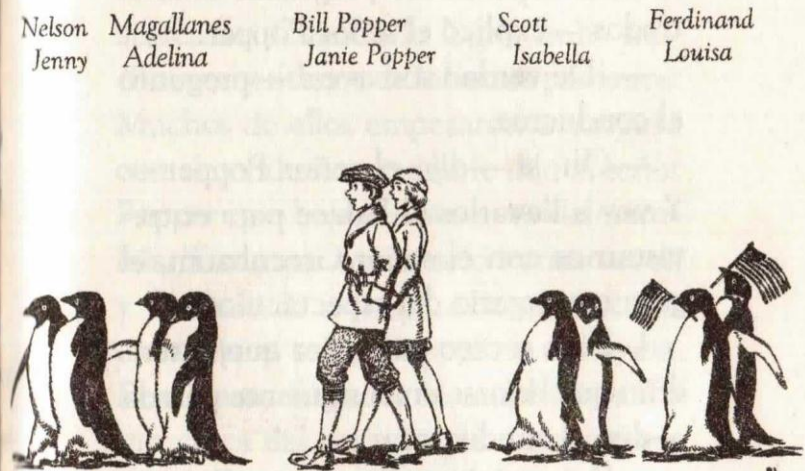


El autobús se detuvo en la esquina, y antes de que el desconcertado conductor pudiera protestar, todos habían

subido y el autobús se había puesto en marcha de nuevo.

—¿Debo pagar media tarifa por las aves o viajan gratis? —preguntó el señor Popper.

—Janie paga media tarifa, pero yo tengo diez años —dijo Bill.



—¡Chis! —exclamó la señora Popper cuando ella y los niños encontraron dónde sentarse. Los pingüinos los siguieron ordenadamente.

—Oiga, señor —dijo el conductor—, ¿a dónde cree que va con semejante exhibición?

—Al centro —dijo el señor Popper—. Tome. Digamos que son cincuenta centavos, y dejemos así.

—A decir verdad, perdí la cuenta cuando fueron entrando —dijo el conductor.

—Es un acto de pingüinos amaestrados —explicó el señor Popper.

—¿De verdad son aves? —preguntó el conductor.

—Oh, sí —dijo el señor Popper—. Y voy a llevarlos al Palace para entrevistarnos con el señor Greenbaum, el gran empresario del espectáculo.

—Pues si oigo cualquier queja, tendrán que bajarse en la siguiente parada —dijo el conductor.

—De acuerdo —dijo el señor Popper, que quería pedirle tiquetes para transbordo en ese caso, pero decidió dejar así.

Los pingüinos estaban comportándose muy bien, sentados educadamente

de a dos por puesto, mientras los otros pasajeros los miraban.

—Disculpen —dijo el señor Popper, dirigiéndose a todo el autobús—, pero tendré que abrir las ventanas. Estos son pingüinos antárticos y están acostumbrados a un clima mucho más frío que este.

El señor Popper tardó un buen rato en abrir todas las ventanas, que estaban atascadas. Cuando lo logró, hubo muchos comentarios de los otros pasajeros. Muchos de ellos empezaron a quejarse con el conductor, quien le dijo al señor Popper que bajara a sus aves del autobús. Tuvo que repetírselo varias veces, y finalmente se negó a seguir conduciendo si el señor Popper no se bajaba. Pero para entonces el autobús estaba tan cerca del centro, que a ninguno le importó tener que bajar a la calle.

Las luces del Teatro Palace brillaban a solo una cuadra de distancia.

—¡Hola! —dijo el gerente del teatro cuando los Popper y los pingüinos marcharon por su lado—. El señor

Greenbaum está aquí en mi oficina. Había oído hablar de sus aves, ¿sabe?, pero no podía creerlo. Señor Greenbaum, le presento a los Pingüinos Popper. Y los dejo. Debo regresar a los bastidores.

Los pingüinos, que se habían organizado en dos filas de a seis, miraron al señor Greenbaum con curiosidad. Había una gran solemnidad en sus veinticuatro ojos de redondel blanco.

—¡Eh! Todos los que están fisgoneando en la puerta, regresen a sus puestos —ordenó el señor Greenbaum—. Esta es una reunión privada.

Luego se levantó y cerró la puerta.

Los Popper permanecieron sentados mientras el señor Greenbaum se paseaba de un lado a otro junto a las dos filas de pingüinos, estudiándolos.

—Parece todo un acto —dijo.

—Oh, lo es, sin duda alguna —dijo el señor Popper—. Los Prodigiosos Pingüinos Popper, directamente del Polo Sur, por primera vez en las tablas.

Él y la señora Popper habían pensado ese nombre para el acto.

—¿Y no podríamos ponerles los Primorosos Pingüinos Popper? —preguntó el señor Greenbaum.

El señor Popper se lo pensó un poco.

—No —respondió—. Me temo que no. Eso suena como a coro de niñas o bailarinas de ballet, y estas aves son muy serias. No creo que les guste.

—De acuerdo —dijo el señor Greenbaum—. Veamos el acto.

—Va acompañado de música —dijo Janie—. Mamá toca al piano.

—¿Es cierto eso, señora mía? —preguntó el señor Greenbaum.

—Sí, señor —respondió la señora Popper.

—Pues hay un piano detrás de usted —dijo el señor Greenbaum—. Puede empezar, señora mía. Quiero ver este acto. Si es bueno, habrán venido al lugar indicado. Tengo teatros por todo el país. Pero primero veamos actuar a sus pingüinos. ¿Lista, señora mía?

—Deberíamos mover los muebles primero —dijo Bill.

Capítulo XV

Los Prodigiosos Pingüinos Popper



En ese momento los interrumpió el gerente del teatro, que entró en la oficina refunfuñando.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Greenbaum.

—Los Maravillosos Marcos, que cierran el programa, no aparecen. Y el público está pidiendo que les devolvamos el dinero.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el señor Greenbaum.

—Devolvérselo, supongo. Y justo hoy que es sábado, la noche más importante de la semana. Odio pensar en tener que perder todo ese dinero.

—Tengo una idea —dijo la señora Popper—. Quizá no tenga que perderlo. Puesto que es el cierre del programa, ¿por qué no ponemos a los pingüinos a ensayar allí, en un escenario real? Así tendremos más espacio, y creo que el público lo disfrutará.

—Está bien —dijo el gerente—. Hagamos el intento.

Así, los pingüinos tuvieron su primer ensayo en un escenario real.

El gerente salió a las tablas.

—Damas y caballeros —dijo alzando una mano—, con su amable permiso, nos gustaría ensayar un pequeño espectáculo novedoso esta noche. Por motivos ajenos a nuestra voluntad, los Maravillosos Marcos no podrán actuar. De manera que les ofreceremos un ensayo de los Prodigiosos Pingüinos Popper. Muchas gracias.

Los Popper y los pingüinos salieron al escenario con elegancia, y la señora Popper se sentó al piano.

—¿No piensa quitarse los guantes para tocar? —preguntó el gerente.

—Oh, no —dijo ella—. Estoy tan acostumbrada a tocar con los guantes, que prefiero dejármelos puestos, si no le molesta.

Entonces empezó la "Marcha militar" de Schubert. Los pingüinos empezaron a marchar, dando media vuelta y cambiando sus formaciones con gran precisión, hasta que la señora Popper paró en medio de la pieza.

El público aplaudió enérgicamente.

—Hay más —explicó la señora Popper, en parte al público y en parte al gerente—. Pues también forman un cuadrado y marchan en esa formación. Pero como es tarde, no lo haremos hoy y pasaremos a la segunda parte.

—¿Está segura de que no quiere quitarse los guantes, señora mía? —preguntó el gerente.

La señora Popper sacudió la cabeza con una sonrisa y empezó el “Vals de la viuda alegre”.

Diez de los pingüinos formaron entonces un semicírculo entorno a Nelson y Colón, listos para representar su duelo. Ambos pingüinos inclinaron sus redondas cabezas negras hacia atrás para mirarse mutuamente con sus ojos de redondel blanco.

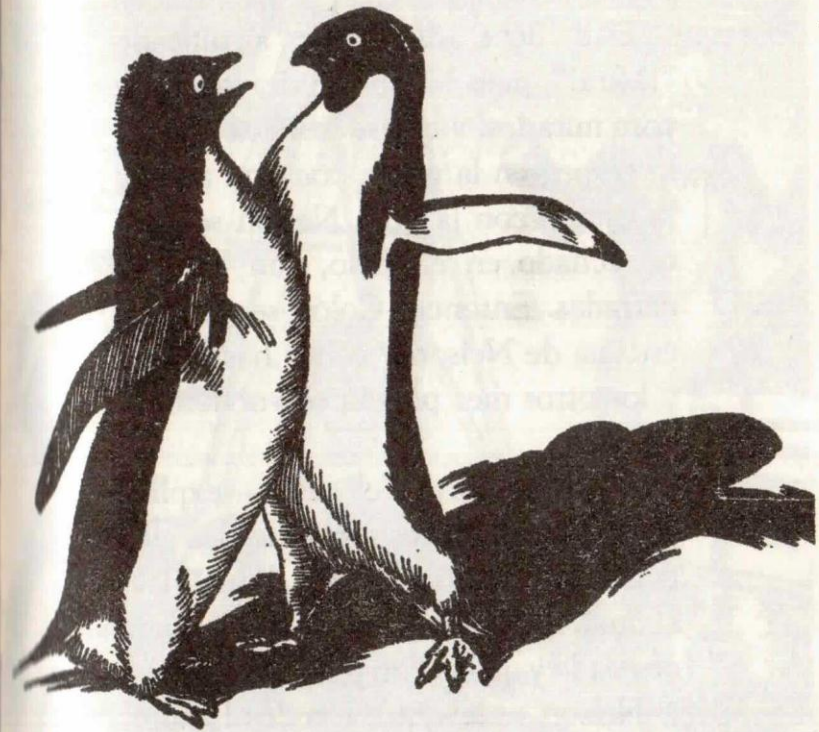
—*Gork* —dijo Nelson antes de golpear a Colón en la panza con la aleta derecha y tratar de empujarlo con la izquierda.

—*Gaw* —replicó Colón, abrazando a Nelson y poniendo la cabeza encima de su hombro para devolverle el golpe.

—¡Eh! ¡No es justo! —exclamó el gerente.

Colón y Nelson se separaron mientras los otros diez pingüinos los observaban y aplaudían con sus aletas.

Colón forcejeó entonces cortésmente con Nelson hasta que este le dio un golpe en el ojo, ante lo que Colón se apartó con un “*Ork*”. Los otros



pingüinos volvieron a aplaudir, y el público se les unió. Cuando la señora Popper terminó el vals, Nelson y Colón bajaron las aletas y se quedaron inmóviles, uno frente al otro.

—¿Cuál ganó? —gritaba el público.

—¡Ía! —dijeron los diez pingüinos del semicírculo.

Esto debe de haber significado “¡Mira!”, pues Nelson se dio la vuelta para mirarlos, y en ese instante, Colón lo golpeó en la panza con una aleta y lo tumbó con la otra. Nelson se quedó echado en el suelo, con los ojos cerrados. Entonces Colón se alzó por encima de Nelson y contó hasta diez, y los otros diez pingüinos volvieron a aplaudir.

—Eso es parte del acto —explicó Janie—. A los otros pingüinos les gusta que gane Colón, por eso dicen “¡Ía!” al final. Eso hace que Nelson mire para otro lado y que Colón pueda derribarlo.

Nelson se levantó, y todos los pingüinos se formaron en línea e hicieron una reverencia al gerente.



—Gracias —dijo el gerente, respondiendo con otra reverencia.

—Ahora viene la tercera parte —dijo el señor Popper.

—Ay, Papá —dijo la señora Popper—. ¡Olvidaste traer las dos escaleras y la tabla!

—No hay problema —dijo el gerente—. Les pediré a los tramoyistas que se encarguen.

En un santiamén, les trajeron un par de escaleras y una tabla, y el señor Popper y los niños les mostraron cómo había que acomodar las escaleras con la tabla encima. Entonces la señora Popper empezó a tocar la bella pieza descriptiva "Junto al arroyo".

En este punto del acto, los pingüinos se olvidaban siempre de la disciplina, se emocionaban muchísimo y se empujaban unos a otros para ver cuál sería el primero en subir las escaleras. Sin embargo, los niños insistían en que el acto era mucho más divertido con esa jugarreta, y el señor Popper suponía que tenían razón.

Entonces, en medio de una gran algarabía, los pingüinos forcejaron y subieron las escaleras y se pasearon por la tabla en un desorden absoluto, tumbándose entre sí y apresurándose a deslizarse en tobogán por la otra escalera y derribar a cualquier pingüino que estuviera tratando de trepar por ella.

Esta parte del acto era muy disparatada y ruidosa pese a la delicada música de la señora Popper. El gerente y el público se desternillaban de la risa.

Finalmente, la señora Popper terminó la pieza y se quitó los guantes.

—Tienen que sacar las escaleras del escenario o no podré volver a controlar nunca a estas aves —dijo el señor Popper—. El telón debe caer en este momento.

El gerente dio la señal de que bajarán el telón, y el público se puso de pie y aplaudió.

Cuando se llevaron las escaleras, el gerente pidió que trajeran doce helados para los pingüinos. Pero como Bill y Janie se echaron a llorar, el gerente

pidió varios más, y entonces hubo helados para todos.

El señor Greenbaum fue el primero en felicitar a los Popper.

—
132

—Permítame decirle, señor Popper, que tiene usted algo absolutamente único con estas aves. Su acto es toda una sensación. Y la manera como ayudó a mi amigo el gerente demuestra que ustedes son de los nuestros... justo lo que necesitamos en el mundo del espectáculo. Me atrevo a predecir que dentro de poco sus pingüinos llenarán los teatros más grandes, de una costa a la otra. Y ahora hablemos de negocios, señor Popper —continuó—. ¿Qué le parece un contrato de diez semanas, a cinco mil dólares por semana?

—¿Te parece bien, Mamá? —preguntó el señor Popper.

—Es una propuesta muy satisfactoria —respondió la señora Popper.

—Muy bien —dijo el señor Greenbaum—. Pues entonces solo tienen que firmar estos papeles y estar

preparados para empezar el próximo jueves en Seattle.

—Y gracias de nuevo —dijo el gerente—. Señora Popper, ¿le molestaría volver a ponerse los guantes un momentito? Me gustaría que tocara la “Marcha militar” una vez más para que los pingüinos desfilen otro poco. Quiero traer a mis acomodadores para que vean a estas aves. Será toda una lección para ellos.

—
133

Capítulo XVI

De gira



El siguiente fue un día muy ajetreado en la casa número 432 de la Avenida Proudfoot. Tuvieron que comprar ropa nueva para todos y guardar la ropa vieja con bolas de naftalina. Luego, la señora Popper tuvo que fregar y lustrar y arreglar la casa entera, pues era demasiado buena ama de casa como para dejarla desordenada mientras estaban de viaje.

El señor Greenbaum les envió el primer pago por adelantado. Y lo primero

que hicieron fue pagarle al ingeniero que había instalado la cámara frigorífica en el sótano. El hombre estaba cada vez más preocupado por su dinero; y al fin y al cabo, no habrían podido amaestrar a todos los pingüinos sin la cámara. Luego, mandaron un cheque a la empresa que les enviaba los peces vivos desde la costa.

Cuando todo estuvo listo finalmente, el señor Popper dio vuelta a la llave en la puerta de la casita.

Llegaron un poco tarde a la estación del tren debido a la discusión con el policía de tránsito. Y el altercado se debió al accidente de los dos taxis.

Con los cuatro Popper y los doce pingüinos, por no mencionar las ocho maletas y el balde de agua con los peces para el almuerzo de los pingüinos, el señor Popper opinaba que no cabrían todos en un taxi y entonces decidió llamar a otro.

Cada uno de los taxistas estaba ansioso por llegar a la estación antes que el otro y sorprender a la gente al abrir las puertas y dejar salir a seis pingüinos.

Así que recorrieron todo el camino en una carrera, intentaron adelantarse en la última cuadra y uno de los contendientes se salió de la vía.

Y esto no le gustó nada al policía de tránsito, lógicamente.

El tren estaba a punto de partir cuando llegaron. Y aunque los dos taxistas les ayudaron a pasar las puertas y las barandas para subir por el coche panorámico, casi no lo logran. Los pingüinos iban jadeando.

Habían decidido que el señor Popper iría en el coche del equipaje con los pingüinos para que estos no se inquietaran, mientras que la señora Popper y los niños viajarían en un coche de pasajeros. Y como subieron por el último coche del tren, el señor Popper tuvo que guiar a los pingüinos a lo largo de todo el tren.

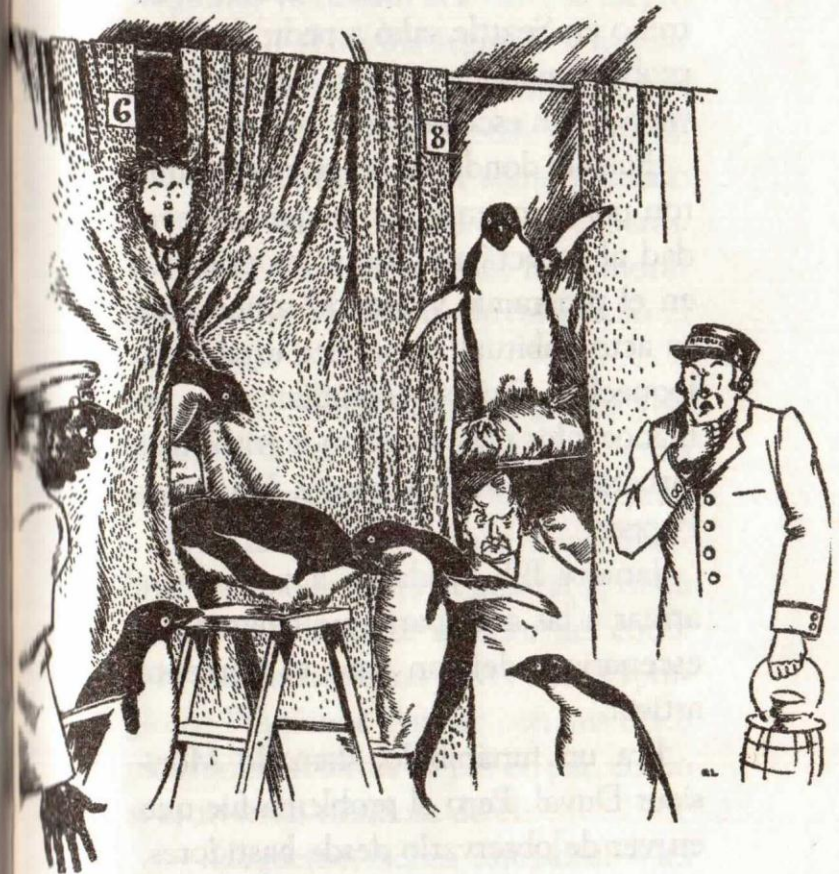
Atravesar el coche club fue bastante fácil, incluso con el balde lleno de peces vivos a cuestas. Pero el paso por los coches cama, donde el camarero había empezado a tender las literas, fue un lío.

Las escaleras del camarero eran una tentación demasiado grande para los pingüinos. Y al verlas, una docena de picos frenéticos emitieron una docena de "Orks" extáticos. Los Prodigiosos Pingüinos Popper olvidaron por completo su disciplina y empezaron a pelearse por subir las escaleras y trepar a las literas superiores. ¡Pobre señor Popper!

Una anciana gritó que se bajaría del tren, sin importar que fuera a ciento cincuenta kilómetros por hora. Un hombre que llevaba cuello eclesiástico sugirió abrir una ventana para que los pingüinos brincaran por ellas. Dos camareros trataron de espantar a las aves de las literas. Hasta que finalmente el revisor y el guardafrenos acudieron en su auxilio con una linterna.

El señor Popper tardó un buen rato en llevar a sus mascotas sanas y salvas hasta el coche de equipajes.

A la señora Popper le preocupaba un poco la idea de que Bill y Janie perdieran diez semanas de clases mientras estaban de gira, pero esto no parecía molestarles a los niños.



—Y debes recordar, amada mía —decía el señor Popper, que nunca había salido de Stillwater, a pesar de todos sus sueños de países lejanos—, que viajar es muy enriquecedor.

Los pingüinos fueron un éxito rotundo desde el principio. Incluso el estreno en Seattle salió a pedir de boca; probablemente porque ya habían ensayado en un escenario de verdad.

Fue allí donde los pingüinos añadieron por su cuenta una pequeña novedad al espectáculo. Eran los primeros en el programa, y cuando terminaron su acto habitual, el público estaba enloquecido. Todos aplaudían con las manos y los pies y pedían a gritos más piruetas de los Prodigiosos Pingüinos Popper.

Janie y Bill ayudaron a su padre a arrear a las aves para que bajaran del escenario y dejaran paso al siguiente artista.

Era un funámbulo, llamado Monsieur Duval. Pero el problema fue que en vez de observarlo desde bastidores, como tendrían que haberlo hecho, los

pingüinos se interesaron y salieron al escenario para verlo más de cerca.

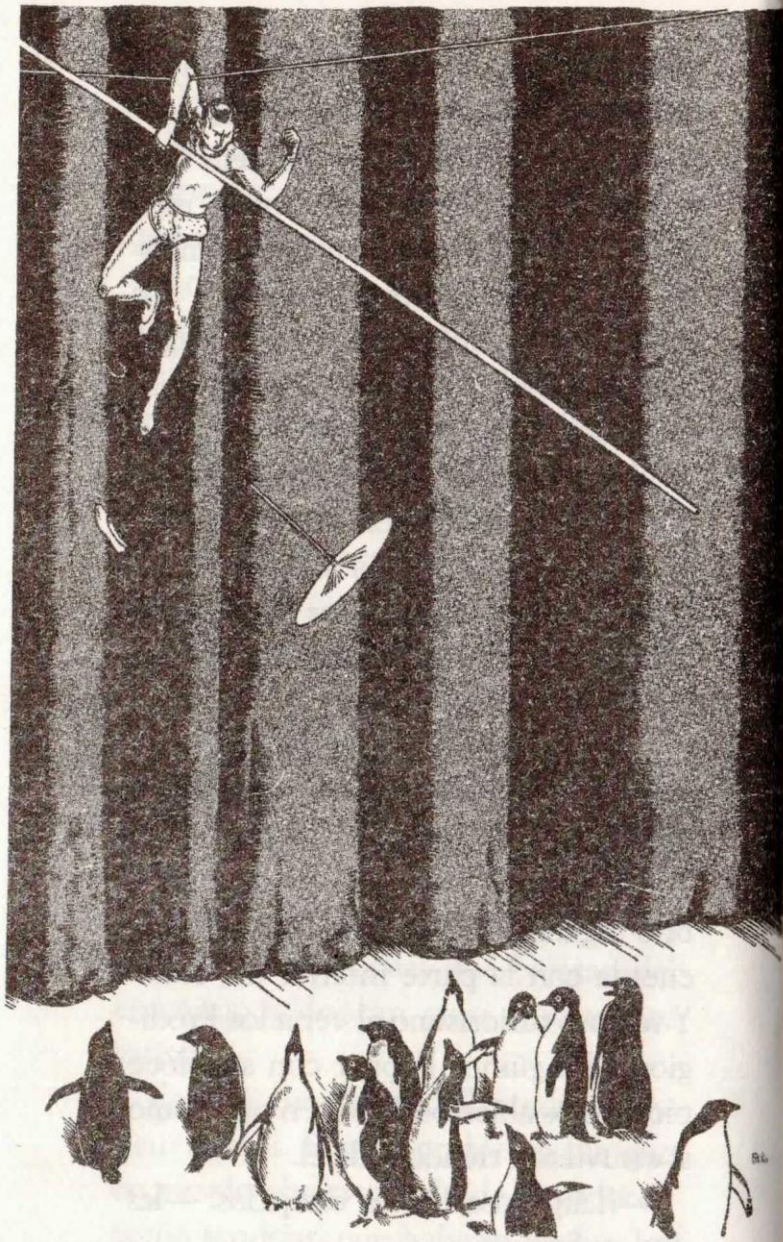
Desafortunadamente, Monsieur Duval estaba haciendo una danza muy difícil sobre la cuerda en ese momento. Y el público, que creía que los pingüinos ya habían acabado, se alegró muchísimo al verlos regresar y formar una línea de espaldas al auditorio, con la vista alzada hacia Monsieur Duval, que se balanceaba con sumo cuidado en la cuerda por encima de sus cabezas.

Esto los hizo reír a todos tan sonoramente, que Monsieur Duval perdió el equilibrio.

—¡Ork! —dijeron los pingüinos y se alejaron contoneándose a toda prisa para no estar debajo de él cuando cayera.

Monsieur Duval recuperó el equilibrio ingeniosamente al agarrarse de la cuerda con la parte interior del codo. Y se puso furiosísimo al ver a los Prodigiosos Pingüinos Popper con sus doce picos rojos abiertos de par en par, como si estuvieran riéndose de él.

—¡Lárguense, bichos estúpidos! —les dijo en francés.



—¿Ork?—dijeron los pingüinos, fingiendo no entender e intercambiando comentarios en lenguaje pingüino sobre Monsieur Duval.

Y cuanto más intervenían en los otros actos del programa, más éxito tenían entre el público cada vez que se presentaban.

Capítulo XVII

Fama



A poco tiempo, los Prodigiosos Pingüinos Popper se habían vuelto tan famosos que cada vez que anunciaban que se presentarían en algún teatro, el público hacía colas de un kilómetro para comprar los tiquetes.

Sin embargo, esto no hacía tan felices a los otros artistas. En Minneapolis, una reconocida cantante de ópera se molestó muchísimo al enterarse de que los Pingüinos Popper se presentarían en el mismo programa. Es más, la

mujer se negó a salir al escenario si no encerraban a los pingüinos. Entonces los tramoyistas ayudaron al señor y a la señora Popper y a los niños a sacar a las aves del escenario y a bajarlas a un sótano que había debajo, mientras el gerente vigilaba la entrada al escenario para asegurarse de que no pudieran pasar.

Abajo, en el sótano, las aves descubrieron rápidamente otro pequeño tramo de escaleras, y minutos después, el público volvió a reírse a carcajadas al ver las cabezas que empezaban a aparecer una por una en el foso de la orquesta.

Los músicos siguieron tocando, y al ver a los pingüinos, la mujer del escenario empezó a cantar aun más fuerte para mostrar lo furiosa que estaba. Pero el público se reía tan fuerte, que nadie podía oír lo que cantaba.

El señor Popper, que había seguido a los pingüinos escaleras arriba, se detuvo al darse cuenta de que llevaban al foso de la orquesta.

—Creo que no debería subir adonde los músicos —le dijo a la señora Popper.

—Los pingüinos ya lo hicieron —dijo la señora Popper.

—¡Papá, lo mejor es que los saques antes de que empiecen a mordisquear las clavijas y las cuerdas de los violines! —dijo Bill.

—Ay, Dios, no sé qué hacer —dijo el señor Popper con un gesto de impotencia y se sentó en el último escalón.

—Pues entonces los agarraré yo —dijo la señora Popper y pasó a toda prisa por su lado, seguida por Bill y Janie.

Al ver que la señora Popper iba tras ellos, los pingüinos se sintieron culpables porque sabían que no debían estar allí. Y subieron de un brinco al escenario, pasaron sobre las candilejas y se escondieron bajo las faldas azules de la cantante.

Y esto puso punto final a su canto, salvo por una agudísima nota que no estaba en la partitura.

Los pingüinos estaban encantados con las luces de los teatros y las risas de los públicos y los viajes. Siempre había algo nuevo para ver.

Viajaron desde Stillwater hasta la costa Pacífica, muy lejos de la casita

número 432 de la Avenida Proudfoot, donde los Popper habían padecido tantas incertidumbres económicas.

Y ahora recibían un cheque de cinco mil dólares todas las semanas.

—
148

Cuando no estaban presentándose en algún teatro, o viajando en tren de una ciudad a otra, pasaban sus días en los hoteles más grandes.

Había uno que otro hotelero desconcertado que se oponía a que las aves se registraran en su hotel.

—Pero si ni siquiera permitimos perros falderos —decía.

—Bien. ¿Pero tienen alguna norma en contra de los pingüinos? —preguntaba el señor Popper.

Entonces el hotelero tenía que reconocer que no había ninguna norma acerca de los pingüinos. Y, claro, al ver lo educados que eran, y que al hotel llegaban otros huéspedes con la esperanza de verlos, se alegraba mucho de haberlos recibido. Podría pensarse que un hotel grande ofrecería muchísimas oportunidades para las pilatunas de tantos pingüinos, pero todos se

portaban muy bien en general, y su peor travesura era subir y bajar muchas veces en el ascensor, y mordisquear de vez en cuando los broches dorados del uniforme de algún botones.

—
149

Cinco mil dólares a la semana puede sonar a un montón. Pero los Popper estaban lejos de ser ricos, pues vivir en hoteles elegantes y moverse en taxi por las ciudades era muy costoso. El señor Popper pensaba con frecuencia que los pingüinos podrían caminar entre los hoteles y los teatros, pero cada trayecto hecho a pie resultaba pareciéndose tanto a un desfile, que siempre terminaban obstruyendo el tráfico. Y como no le gustaba incomodar a nadie, prefería viajar en taxi.

También era costoso pedir que les llevaran a la habitación los enormes trozos de hielo para refrescar a los pingüinos. Y las cuentas de los restaurantes elegantes adonde solían ir a comer los Popper con frecuencia resultaban escandalosas. Por fortuna, en todo caso, la comida de los pingüinos dejó de ser un gasto. Como ya no podían seguir

encargando vagones cisterna llenos de peces durante la gira porque era muy difícil lograr que llegaran a tiempo, los pingüinos tuvieron que volver a la dieta de camarones enlatados.

Y esto ya no les costaba absolutamente nada porque el señor Popper había escrito una recomendación en la que declaraba que a los Prodigiosos Pingüinos Popper les fascinaban los Camarones Oceánicos de Owen.

Esta declaración había aparecido con la foto de los doce pingüinos en las revistas más importantes, y la empresa de los Camarones Oceánicos de Owen le había dado al señor Popper un bono para reclamar latas de camarones gratis en cualquier tienda de cualquier lugar del país.

Muchas otras empresas, como la Asociación de Cultivadores de Espinacas de Occidente y la Fábrica de Avena Energética para el Desayuno, le ofrecieron grandes sumas de dinero para que recomendara sus productos. Pero los pingüinos se negaban a comer avena o espinacas, y el señor Popper

era demasiado sincero como para decir lo contrario, aun cuando sabía que el dinero les vendría bien.

De la costa Pacífica se dirigieron nuevamente hacia el este y atravesaron todo el país. En esta breve gira, apenas alcanzaron a cubrir las ciudades más grandes. Después de Minneapolis, actuaron en Milwaukee, Chicago, Detroit, Cleveland y Filadelfia.

Dondequiera que iban, su fama llegaba primero. Y cuando pasaron por Boston, a comienzos de abril, había multitudes gigantescas esperándolos en la estación del tren.

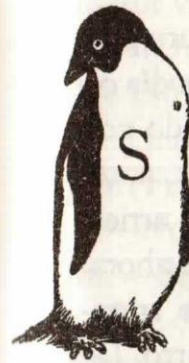
Hasta entonces, no les había costado demasiado mantener cómodos a los pingüinos. Pero empezaba a soplar un cálido viento primaveral, y el señor Popper tuvo que pedir que les llevaran media tonelada de hielo a la habitación.

Ahora se alegraba de que el contrato por diez semanas estuviera por acabarse, y de que la presentación de los pingüinos en Nueva York, a la semana siguiente, fuera la última. Y aunque el

señor Greenbaum le escribía proponiéndole un nuevo contrato, el señor Popper empezaba a pensar que ya iba siendo hora de regresar a Stillwater, pues los pingüinos empezaban a ponerse irritables.

Capítulo XVIII

Vientos de abril



Si Boston estaba más cálido de lo normal para la estación, en Nueva York hacía calor de verdad. En sus habitaciones del gran Hotel Tower, que daban al Central Park, el calor empezaba a afectar realmente a los pingüinos.

El señor Popper los llevó al jardín del tejado para que les diera cualquier mínima brisa que soplara. Todos los pingüinos quedaron encantados con las luces brillantes y el ajetreo de la ciudad.

Los más jóvenes empezaron a apiñarse al borde del tejado para asomarse a ver los grandes cañones que se abrían a sus pies. Y el señor Popper se puso muy nervioso al verlos empujarse mutuamente, pues parecía que en cualquier momento lograrían tumbar a alguno. Entonces recordó que los pingüinos del Polo Sur hacían esto para averiguar qué peligros los esperaban allá abajo.

El tejado no era un lugar seguro para sus aves, y el señor Popper no podía olvidar el miedo que había sentido con la enfermedad del Capitán Cook, antes de que llegara Greta. No podía arriesgarse a perder a ninguno de ellos ahora.

Cuando de sus pingüinos se trataba, no escatimaba ningún esfuerzo. De modo que volvió a bajar con todos a la habitación y les dio una ducha fría en el baño. Esto lo mantuvo ocupado durante una buena parte de la noche.

A la mañana siguiente, como había dormido poco, el señor Popper estaba bastante somnoliento cuando tuvo que llamar a los taxis para irse al teatro.

Además, siempre había sido un poco despistado. Y fue así como cometió su gran error, al decirle al taxista:

—Al Teatro Regal.

—Sí, señor —dijo el conductor, abriéndose camino por entre el tráfico de la Calle Broadway, que les pareció interesantísima tanto a los niños como a los pingüinos.

Casi habían llegado cuando el conductor volteó la cabeza.

—¡Oiga! —exclamó—. ¡No me diga que estos pingüinos van a presentarse en el mismo programa con las Focas de Finn Finnegan!

—No sé qué más habrá en el programa —dijo el señor Popper y le pagó.

Y se dirigieron a la entrada de los artistas.

En los bastidores se encontraron con un hombre grande, fornido y de cara roja.

—¡Conque estos son los Prodigiosos Pingüinos Popper? —dijo—. Permítame presentarme, señor Popper. Soy Finn Finnegan, y mis focas están en el escenario en este momento. Si a sus

aves les da por hacer alguna pilatuna, las que pierden son ellas. Mis focas son rudas, ¿sabe? Son capaces de comerse de a dos o tres pingüinos cada una.

Desde el escenario les llegaban los aullidos roncos de las focas, que estaban en pleno acto.

—Papá—dijo la señora Popper—, los pingüinos son lo último del programa. Corre a detener esos taxis para que los pingüinos den una vuelta hasta que llegue la hora de su acto.

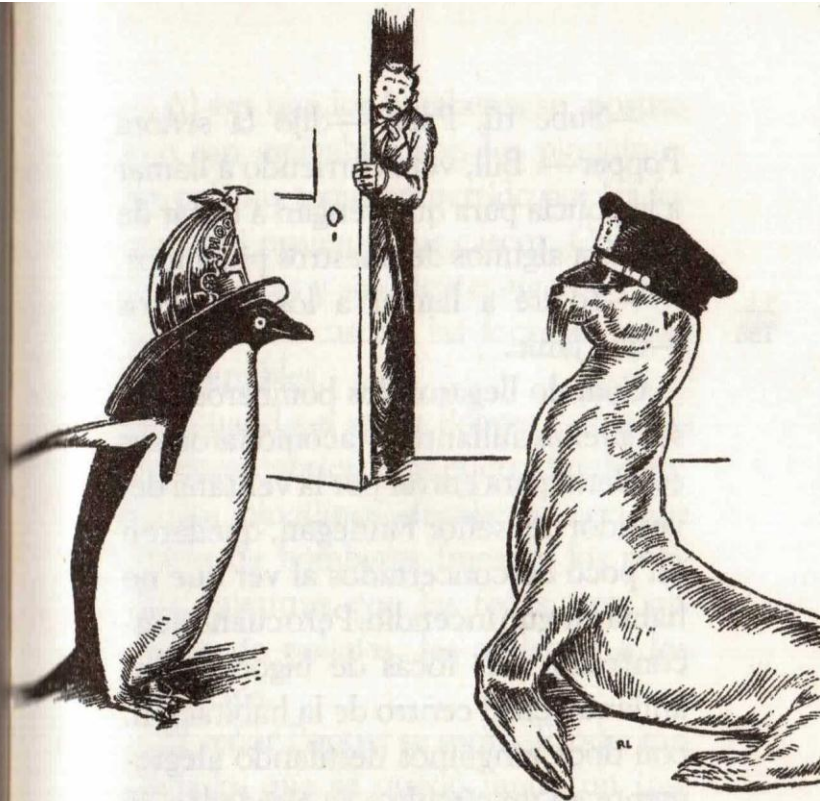
El señor Popper salió corriendo para alcanzar a los conductores.

Pero cuando regresó a los bastidores, era demasiado tarde. Los Prodigiosos Pingüinos Popper habían descubierro ya a las Focas de Finn Finnegan.

—¡Papá, no puedo ver! —gritaban los niños.

En el escenario estalló una confusión espantosa, hubo un gran revuelo entre el público, y el telón cayó rápidamente.

Cuando los Popper irrumpieron en el tablado, tanto los pingüinos como



las focas habían encontrado la escalera que llevaba al vestidor del señor Finnegan y se habían subido.

—No quiero ni pensar en lo que estará sucediendo allá arriba —dijo el señor Popper, estremeciéndose.

El señor Finnegan solo se reía.

—Espero que sus aves estuvieran aseguradas —dijo—. ¿Cuánto valían? En fin, subamos a ver.

—Sube tú, Papá —dijo la señora Popper—. Bill, vete corriendo a llamar a la policía para que vengan a tratar de salvar a algunos de nuestros pingüinos.

—Yo iré a llamar a los bomberos —dijo Janie.

Cuando llegaron los bomberos, con sus sirenas aullantes, y acomodaron sus escaleras para entrar por la ventana del vestidor del señor Finnegan, quedaron un poco desconcertados al ver que no había ningún incendio. Pero cuando encontraron seis focas de bigote negro aullando en el centro de la habitación, con doce pingüinos desfilando alegremente en un círculo a su alrededor, se sintieron mejor.

Luego llegaron los policías y subieron por la escalera que los bomberos habían dejado apoyada contra el edificio. Y cuando entraron por la ventana, apenas podían dar crédito a sus ojos. Pues los bomberos les habían puesto sus cascos a los pingüinos, y esto hacía que los animales, que estaban encantados, se vieran muy graciosos y un poco afeminados.

Al ver que los bomberos se mostraban tan amigables con los pingüinos, los policías tomaron partido por las focas y les pusieron sus cascos. Con sus caras negras y sus bigotes negros y largos bajo los cascos, las focas se veían muy temibles.

Y cuando el señor Popper y el señor Finnegan abrieron la puerta finalmente, los pingüinos desfilaban con sus cascos de bomberos frente a los policías, mientras que las focas, con sus cascos de policías, les aullaban a los bomberos.

El señor Popper se sentó. Estaba tan aliviado, que se quedó mudo un instante.

—Ustedes, los policías, mejor les van quitando sus cascos a mis focas —dijo el señor Finnegan—. Tengo que regresar al escenario a terminar mi acto ya mismo.

Luego, él y sus seis focas abandonaron la habitación, con unos cuantos aullidos de despedida.

—Adiós, queridos amigos —dijeron los bomberos al quitarles los cascos a

los pingüinos, muy a su pesar, para volver a ponérselos en sus propias cabezas. Luego desaparecieron por la escalera. Los pingüinos querían seguirlos, por supuesto, pero el señor Popper los contrató.

Justo en ese instante, la puerta se abrió de par en par, y el gerente del teatro irrumpió en la habitación.

—Detengan a ese hombre —les gritó a los policías, señalando al señor Popper—. Tengo una orden de arresto para él.

—¿Para mí? —preguntó el señor Popper, aturdido—. ¿Y yo qué hice?

—Pues meterse en mi teatro y sembrar el pánico entre todo el mundo, eso es lo que hizo. Es un perturbador de la paz.

—Pero si soy el señor Popper, y estos son mis Prodigiosos Pingüinos, famosos de costa a costa.

—Me importa un bledo quién sea usted. No se le ha perdido nada en mi teatro.

—Pero si el señor Greenbaum va a pagarnos cinco mil dólares por una semana en el Regal.

—El teatro del señor Greenbaum es el Royal, no el Regal. Ha venido al teatro equivocado. ¡Y ya váyanse! Usted y sus Pingüinos Prodigiosos. La patrulla los espera afuera.

Capítulo XIX

El almirante Drake



Fue así como despacharon al señor Popper, con el Capitán Cook, Greta, Colón, Louisa, Nelson, Jenny, Magallanes, Adelina, Scott, Isabella, Ferdinand y Victoria, al auto de la patrulla que los llevó a la estación de policía.

Ninguna de sus súplicas conmovió al sargento.

—El gerente del teatro está muy molesto por la forma como entraron en su teatro, así que tengo que arrestarlos.

Les daré una celda buena y tranquila, a no ser que paguen la fianza. Son quinientos dólares por usted, y cien por cada una de las aves.

—
164

Desde luego que el señor Popper no tenía esa cantidad de dinero consigo. Ni la señora Popper, cuando la llamaron al hotel. Había pagado la cuenta del hotel por adelantado, y no tenía efectivo. Y el cheque del pago semanal llegaría solo al terminar la semana. Es más, ahora parecía que los Popper nunca verían ese cheque, pues no podrían sacar a los pingüinos de la cárcel a tiempo de presentar su acto en el Teatro Royal.

El señor Popper sabía que si hubieran podido ponerse en contacto con el señor Greenbaum, este amable hombre los habría sacado. Pero estaba en Hollywood en alguna parte, por allá en la costa Pacífica, y los Popper no sabían cómo localizarlo.

Las aves se aburrían profundamente en la cárcel. Llegó el miércoles, y seguían sin noticias del señor Greenbaum. Para el jueves, los pingüinos empezaban a



desfallecer. Y muy pronto se hizo evidente que la falta de ejercicio, combinada con el calor, era demasiado para ellos. No había más gracias ni jugarretas felices. Hasta los más jóvenes se pasaban el día entero en un silencio deprimente, y el señor Popper no lograba animarlos.

Tenía la esperanza de que el señor Greenbaum quizá apareciera hacia el final de la semana, por lo de la renovación del contrato. Pero el viernes pasó también sin noticias de él.

El sábado por la mañana, el señor Popper se levantó muy temprano y se peinó con las manos. Después les quitó el polvo a sus pingüinos lo mejor que pudo, pues quería que todos estuvieran lo más presentables posible en caso de que el señor Greenbaum apareciera.

Hacia las diez de la noche, oyó el ruido de unos pasos en el corredor, seguidos por el cascabeleo de unas llaves, y la puerta de la celda se abrió.

—Está libre, señor Popper. Por aquí está un amigo suyo.

El señor Popper salió a la luz con los pingüinos.

Estaba a punto de exclamar “¡Llega usted apenas a tiempo, señor Greenbaum!”, pero entonces sus ojos volvieron a acostumbrarse a luz y miró de nuevo.

No era el señor Greenbaum quien estaba allí.

Era un hombre grande y barbado, con un uniforme magnífico y un gran sonrisa, que le tendió la mano y dijo:

—Soy el almirante Drake.

—¡Almirante Drake! —dijo el señor Popper con un grito ahogado—. ¡¿De vuelta ya del Polo Sur?!

—Así es —dijo el almirante—. El barco de la Expedición Antártica Drake regresó ayer. Debería haber visto la bienvenida que nos dio la ciudad de Nueva York; puede verlo en el periódico de hoy. Pero entonces me enteré de los problemas que estaba teniendo con los pingüinos, y por eso estoy aquí. Tengo una larga historia que contarle.

—¿Podríamos ir a conversar en el hotel? —preguntó el señor Popper—. Mi esposa estará ansiosa por volver a vernos.

—Por supuesto —dijo el almirante. Y cuando se hubieron acomodado nuevamente en las habitaciones de los Popper en el hotel, con los pingüinos amontonados alrededor para escucharlo, el almirante Drake empezó:

—Naturalmente, cuando supe que regresaría a los Estados Unidos, pensaba con frecuencia en el hombre a quien le había mandado el pingüino. Como las noticias tardan tanto en llegar hasta allá abajo, solía preguntarme cómo le estaría yendo a usted con el ave. Anoche, en la cena que nos ofreció el alcalde, oí hablar del acto de los pingüinos maravillosamente amaestrados que han estado presentando por todo el país. Y esta mañana, al alzar el periódico, ilo primero que leo es que el señor Popper y sus pingüinos siguen en la cárcel! Pero doce pingüinos, señor Popper... ¿cómo rayos...?

Entonces el señor Popper le contó cómo Greta había llegado para hacerle compañía al Capitán Cook, y cómo habían crecido los pichones, y cómo la inteligente pandillita les había salvado el pellejo a los Popper cuando las cosas no pintaban nada bien.

—Es increíble —dijo el almirante Drake—. He visto muchos pingüinos en mi vida, pero nunca había visto a unos tan educados como estos. Sin duda, es una muestra de lo que pueden hacer la paciencia y el entrenamiento. Pero vamos al grano, señor Popper. Supongo que usted sabe que además del Polo Sur, también he explorado el Polo Norte.

—Oh, claro —dijo el señor Popper con aire respetuoso—. He leído libros de sus expediciones tanto al Ártico como al Antártico.

—Pues bien —dijo el almirante—. Entonces puede que sepa por qué los exploradores preferimos el Polo Sur.

—¿Podría ser por los pingüinos, señor almirante? —preguntó Janie, que escuchaba con mucha atención.

El almirante Drake le dio una palmadita en la cabeza.

—Así es, cariño. Esas largas noches polares pueden ser muy aburridas cuando no tienes mascotas con las cuales jugar. Allá arriba hay osos polares, claro, pero no puedes jugar con ellos. Nadie sabe por qué no hay pingüinos en el Polo Norte. Y desde hace un buen tiempo, el gobierno de los Estados Unidos ha querido que dirija una expedición al Ártico con el objetivo de establecer una colonia de pingüinos. Y ahora sí vamos al grano, señor Popper: ya que ha tenido un éxito tan extraordinario con estas aves suyas, ¿me permitiría llevármelas al Polo Norte para empezar allí una raza de pingüinos?

El señor Greenbaum y otro caballero llegaron justo en ese instante. Les dieron la mano a todos y el señor Popper les presentó al almirante.

—Pues bien, Popper —dijo el señor Greenbaum—, siento mucho lo de la confusión de los teatros. Pero no importa. Este es el señor Klein, dueño de la Colossal Film Company. Y le trae

una propuesta millonaria. ¡Dejará de ser pobre, señor Popper!

—¡Pobre! —exclamó el señor Popper—. Yo no soy pobre. Estas aves nos han dado cinco mil dólares a la semana.

—Oh, cinco mil dólares —dijo el señor Klein—. ¿Qué son cinco mil dólares? ¡Dinero de bolsillo! Yo pienso llevar a estas aves a la pantalla grande, señor Popper. El departamento de guionistas ya ha empezado a escribir los guiones. Le daré a cada pingüino un contrato que les permitirá a usted y a su señora mudarse a una mansión y pasar allí el resto de sus vidas.

—Papá —susurró la señora Popper—. No quiero mudarme a una mansión. Quiero regresar a nuestra casita.

—Piénselo bien, señor Popper —dijo el almirante—. Yo no puedo ofrecerle nada parecido.

—¿Usted dice que los habitantes del Polo Norte se sienten solos porque no hay pingüinos? —preguntó el señor Popper.

—Muy solos —dijo el almirante.

—Pero si hubiera pingüinos allá arriba, ¿no se los comerían los osos polares?

—Pues a unos pingüinos normales, sí —dijo el almirante con diplomacia—, pero no a unas aves tan amaestradas como las tuyas, señor Popper. Me temo que son más listas que cualquier oso polar.

Ahora le tocaba el turno al señor Klein.

—En todos los cines de los Estados Unidos, los niños tendrían el placer de ver las historias actuadas por los Prodigiosos Pingüinos Popper —dijo.

—Claro que si logramos establecer la colonia en el Polo Norte —intervino el almirante—, es probable que haya que cambiarles un poco el nombre. Supongo que en los siglos por venir los científicos los llamarán los Pingüinos Popper del Ártico.

El señor Popper guardó silencio un momento.

—Caballeros —dijo—, les agradezco a los dos. Mañana les comunicaré mi decisión.

Capítulo XX

Adiós, señor Popper



era una decisión difícil de tomar. Después de que los visitantes se fueran, el señor y la señora Popper reflexionaron un buen rato acerca de lo que sería mejor para todos.

La señora Popper podía ver las ventajas de ambas propuestas, y las señaló sin tratar de ejercer influencia en su marido.

—Yo siento que los pingüinos son realmente tu responsabilidad —dijo—. Y eres tú el que debe tomar la decisión.

Al día siguiente, un señor Popper pálido y demacrado estaba listo para anunciar su decisión.

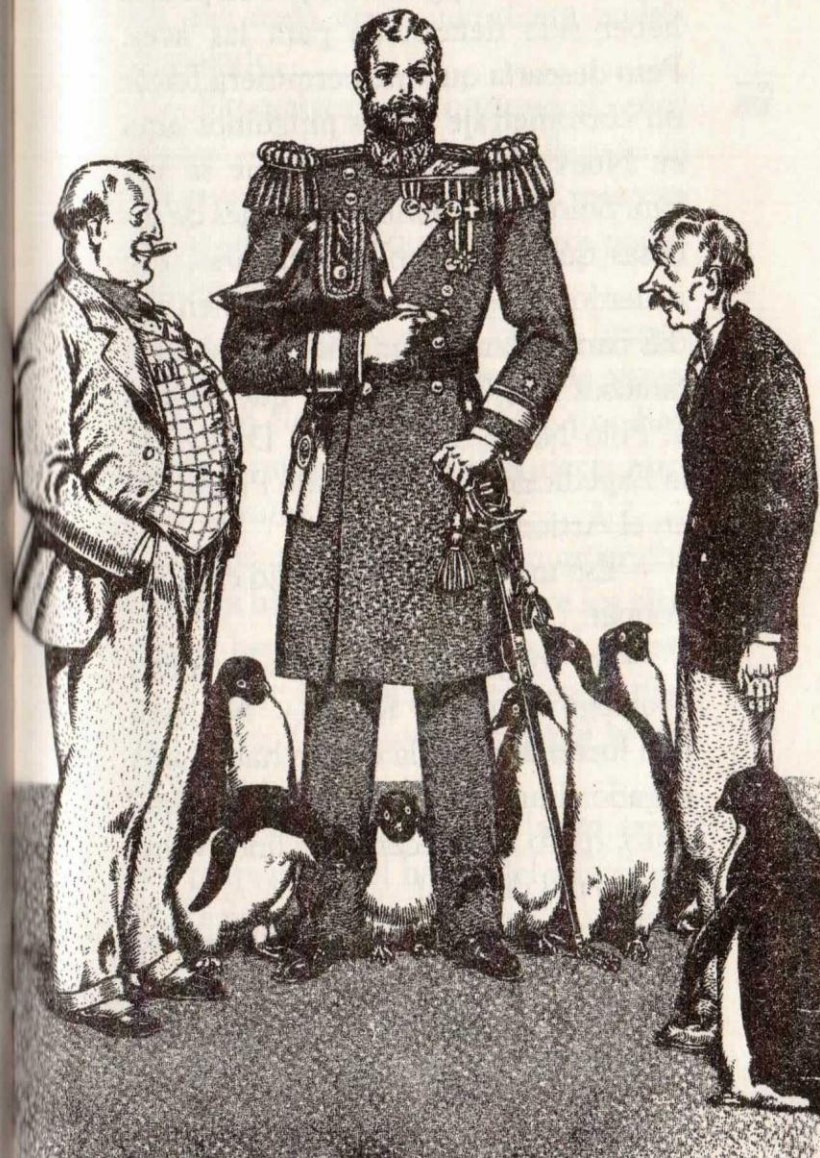
—
174

—Señor Klein —empezó—, quiero que sepa cuánto agradezco su oferta de llevar a mis aves a la pantalla grande. Pero me temo que tendré que rechazarla. No creo que la vida en Hollywood sea buena para mis pingüinos.

Entonces se dirigió al almirante.

—Almirante Drake, voy a darle las aves. Al hacerlo, estoy pensando en el bienestar de los pingüinos por encima de todo. Sé que han estado cómodos y felices conmigo. Pero últimamente, con todas las emociones y el clima cálido, he estado preocupado por ellos. Y ellos han hecho tanto por mí, que debo pensar en lo que sea mejor para ellos. Después de todo, son animales de clima frío. Y además no puedo dejar de compadecerme de las personas que viven en el Polo Norte, sin pingüinos que les ayuden a pasar el tiempo.

—Su gobierno se lo agradecerá, señor Popper —respondió el almirante.



—Felicitaciones, almirante —dijo el señor Klein—. Y quizá tenga usted razón, señor Popper. Hollywood podría haber sido demasiado para las aves. Pero desearía que me permitiera hacer un cortometraje de los pingüinos aquí en Nueva York, antes de que se vayan. Solo unas cuantas imágenes de las cosas que hacen en el escenario, ¿de acuerdo? Mostraríamos el corto en todas partes y anunciaríamos que son los famosos Pingüinos Popper que llevará al Polo Norte el almirante Drake, de la Expedición Fundadora de Pingüinos en el Ártico, o algo así.

—Eso me encantaría —dijo el señor Popper.

—Se lo pagaremos, desde luego —agregó el señor Klein—. No será una fortuna como la que le habríamos pagado si hubiéramos firmado un contrato, ¿pero le parecen bien unos veinticinco mil dólares?

—No nos vendrían nada mal —dijo la señora Popper.

—La casa número 432 de la Avenida Proudfoot estará muy silenciosa —dijo

el señor Popper cuando todos se habían ido.

La señora Popper no dijo nada. Sabía que nada de lo que dijera podría consolarlo.

—Sin embargo —continuó el señor Popper—, ahora que ya ha llegado la primavera, muchas personas querrán pintar su casa, así que mejor nos ponemos en marcha.

—Y nosotros —dijo Bill— hemos tenido diez semanas enteras de vacaciones en plena mitad del año, y no hay muchos niños que puedan decir esto en Stillwater.

Al día siguiente, los camarógrafos fueron a hacer la película sobre los pingüinos haciendo sus gracias. El acuerdo era que los Popper permanecerían en Nueva York hasta ver partir la expedición.

Mientras tanto, en el puerto estaban preparando el barco del almirante Drake para su larga expedición al Norte. Todos los días subían a bordo unas cajas enormes con provisiones de toda clase. Y las partes más cómodas del

barco se las asignaron a los pingüinos, que eran el motivo del viaje.

El Capitán Cook estaba bastante familiarizado con el barco puesto que era el mismo en el que el almirante había ido al Polo Sur, donde lo había visto con frecuencia. Greta también había visto embarcaciones del estilo. Y los dos estaban muy ocupados mostrándoles y explicándoles todo a Nelson, Colón, Louisa, Jenny, Scott, Magallanes, Adelina, Isabella, Ferdinand y Victoria.

Los marineros disfrutaban muchísimo viendo a las pequeñas y curiosas aves en sus exploraciones.

—Parece que será un viaje muy animado —decían—. Estos Pingüinos Popper están realmente a la altura de su reputación.

Todo estuvo listo finalmente, y llegó el día en que los Popper debían despedirse. Bill y Janie se pusieron a corretear por todo el barco y no querían irse cuando llegó la hora de elevar la plancha. El almirante estrechó la mano de los niños y la señora Popper. Luego les dio las gracias por haber ayudado a

amaestrar a los extraordinarios pingüinos, que serían una verdadera contribución para la ciencia.

El señor Popper había bajado a despedirse de sus aves en privado. Lo único que hacía que no se derrumbara era la certeza de que era lo mejor para ellos. Primero se despidió de los pingüinos pequeños. Después de Greta, quien había salvado al Capitán Cook. Por último, se inclinó y le dio una especial despedida al Capitán Cook, quien había llegado para cambiarle la vida.

Después se enjugó los ojos, se enderezó y subió a cubierta para despedirse del almirante.

—Adiós, almirante Drake —dijo.

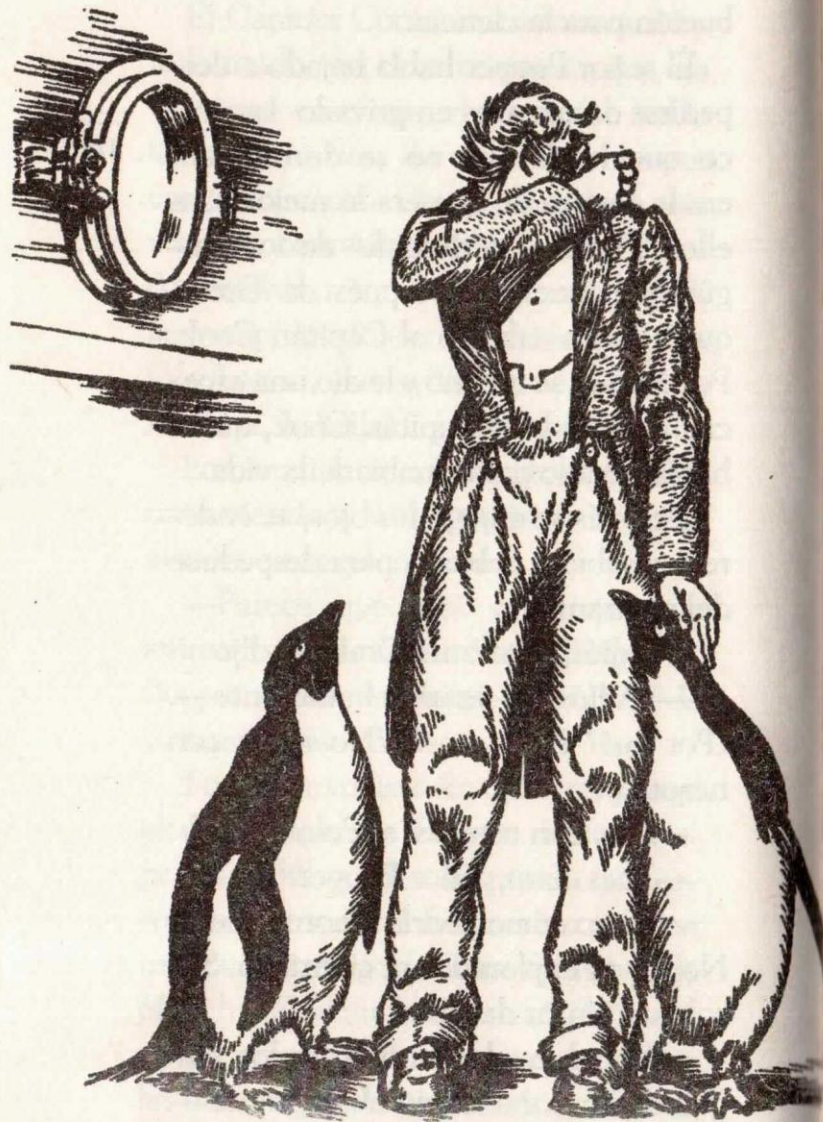
—¡Adiós? —repitió el almirante—. ¿Por qué? ¿Cómo así? ¿No viene con nosotros?

—¡Yo, con ustedes, al Polo Norte?

—Pues claro, señor Popper.

—¡Pero cómo podría ir con ustedes? No soy ni explorador ni científico. Soy solo un pintor de casas.

—Usted es el guardián de los pingüinos, ¿o no? —rugió el almirante—.



Por Dios, ¡¿acaso esos pingüinos no son el motivo de toda esta expedición?! ¿Quién estará pendiente de que estén bien y felices si no es usted? Vaya a ponerse uno de estos trajes de piel, como todos los demás. Levaremos anclas en cualquier momento.

—Mamá —le gritó el señor Popper a la señora Popper, que ya había bajado a la plancha—. ¡Yo también voy! ¡Yo también voy! ¡El almirante Drake dice que me necesita! Mamá, ¿te importa si no vuelvo a casa en un par de años?

—Oh —dijo la señora Popper—, pues te echaré mucho de menos, querido mío. Pero tenemos dinero como para unos cuantos años. Y será mucho más fácil mantener la casa limpia en invierno sin un hombre que se pase los días enteros sentado por allí. Debo regresar ya a Stillwater. Mañana es el día de la reunión de la Sociedad Benéfica de Mujeres Misioneras, y llegaré justo a tiempo. Así que adiós, amado mío, y buena suerte.

—¡Adiós y buena suerte! —repitieron los niños.

Y los pingüinos, al oír las voces, subieron a cubierta a toda prisa para ponerse al lado del almirante y el señor Popper. Entonces agitaron sus aletas solemnemente y se despidieron mientras el gran barco se alejaba lentamente por el río rumbo al mar.



FIN